SUMARIO

LA GOLA.

EL CORAZÓN DE LAS PALABRAS. (y 3)

COLABORACIÓN ESPECIAL:
“Aire fresco, palabras nuevas”.
“La cazadora quebrada. Recordando a Alejandra Pizarnik”

ICONOS:
“La cámara de Pórfido”.

AFORISMOS DE LA GRANJA:
“Una respiración secreta”.

LA LITERATURA EN EL CINE Y VICEVERSA:
El hombre delgado.
Dashiell Hammett.

LA CAJA DE LOS TRUENOS:
“El árbol y la carretera”.

LA BUHARDILLA.

RELATARIA:
Siete brazos extendidos.
Advertencias.

IMAGINARIO:
***El señor de las moscas*. W. Holding.**

ENTREVISTAS EN LA GRANJA:
Entrevista a Johnny Barbieri.
Entrevista a Hans Magnus Enzensberger.

LA SAGA DE LOS CORREOSOS:
***Don Albino, el Pajas*.**

LA VENTA DE DOÑA SOL.
El maravilloso viaje de Nils Holgersson.

POEMANÍA:
“Epístola a Juan Larrea.”
“Edgar Alan Poe: el terror poético.”
“César Calvo. Una cuerda sobre el abismo.”

RESEÑAS EN EL METRO:
El reinado de Witiza.
Francisco García Pavón.
Luis Cernuda. *Antología*.

EPISTOLARIO.

EDITA: Asociación Cultural La Tertulia de La Granja.

Café La Granja. Plaza Circular nº 3. 48001 Bilbao.

IMPRIME: Metro Fotokopistegia.

MAQUETACIÓN: Ite preimpresión.

DIRECCIÓN: Agurtzane Zalbidea.

REDACCIÓN: Agurtzane Zalbidea.

COLABORADORES: Adrián Arza, Carlos Fernández, Susana Giraudo, Jaro Godoy, EvaKarcher, Emilio Hidalgo, Ana Horakova, Leoncio Luke, Joseba Molinero, María Isabel Quintana, Jon Rosáenz, Miguel San José, Roberto Sánchez, Adriana Serlick, Mitxelko Uranga.

DEPÓSITO LEGAL: BI-1634-06.

LA GOLA



Soy Adrián Arza; aunque si miro en el DNI resulta que me llamo Nicolás Zimarro. Y ciertamente debe ser así, porque a ese nombre me vienen las facturas. Con todo, yo no hago caso de esas menudencias, e insisto: soy Adrián Arza. Y es más, me confieso un prosélito de la literatura. Al hacerlo sé muy bien lo que afirmo, porque para mí la literatura es el impulso vital que me ayuda a superar mi estancia en este mundo. Sí, leo y leo sin descanso, leo a los clásicos (y como digo "los" digo "las"), a los contemporáneos, a los renombrados, a los malditos, a los prohibidos, a los encumbrados, a los díscolos, a los sesudos, a los cachondos, a todo aquel o aquella que haya realizado el esfuerzo de enfrentarse al universo increado de una página vacía o una hoja de papel en blanco pluma o teclado en mano, para crear galaxias de amor libre, variar las órbitas de los planetas, transitar por agujeros negros de miedos y odios, aniquilar mentiras y espantos, sacudirse las tinieblas de las frustraciones y para vertebrar la eternidad; en fin, leo a todo aquel o aquella que, estimulado o estimulada por el aliento del orden cósmico de su mente, ha vertido a las hojas de un libro los recuerdos, los sueños, las pasiones y los sentimientos ordenados en columnas de palabras, al ritmo de la cadencia de los latidos del lenguaje. Entre mis autores y autoras predilectos y predilectas se hallan: Gabriela Mistral, William Faulkner, Luigi Pirandello, Miguel Ángel Asturias, Jorge Luis Borges, J. W. von Goethe, Antón Chejof, Federico García Lorca, Sófocles, Óscar Wilde, Victor Hugo, Roberto Arll, Gabriel García Márquez, William Shakespeare, Ignacio Aldecoa y tantos y tantas más… Entre mis libros favoritos destacan: *El testamento francés* de Andreï Makine, *El Sr. Presidente* de Miguel Ángel Asturias, *Ulises* de James Joice, *El Hobbit* de JRR Tolkien, *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago, *Elogio de la sombra* de Jorge Luis Borges, *Los miserables* de Victor Hugo, *Diario de una escritora* de Virginia Wolf y algunos otros… Me hubiera gustado haber escrito *El idiota* de Fiodor Dostoievski, *Las desdichas del joven Werther* de J. W. von Goethe y *La dama de las camelias* de Alejandro Dumas; pero como no es posible, por ahora me conformo con ser el autor de varios libros de poemas (*El ser vencido, Cartas a Fan* y *Silencios*), así como de numerosos relatos antologados en diferentes obras, algunos de ellos premiados en certámenes literarios internacionales. Eso sí, no cejo en mi empeño, y escribo a diario. Pronto aparecerán en el mercado otras nuevas creaciones con la firma de Adrián Arza. Si lees alguna, me conocerás un poco mejor.

EL CORAZÓN DE LAS PALABRAS (y 3)



Las palabras no son sólo la expresión gráfica de conceptos, nombres, sentimientos, objetos y deseos. Son mucho más: seres en tinta con entidad propia y un corazón que late en pálpitos de comunicación. Así sienten Joseba Molinero y Jon Rosáenz los términos “Jara” y “Celemín”.

Jara

La palabra “Jara” posee el sonido Jota fuerte de gran especificidad dentro del castellano. Dos vocales iguales, gemelas, como en un espejo, dos “aes” rotundas y femeninas, que te obligan a pronunciar masticando el término, sintiéndolo dentro. La erre intercalada se suspira, lubrica el sonido y le da ritmo. Además “Jara” rima con un ciento de palabras hermanas, cara, Sara, mampara, bara, rara, vara, tara, para, avara, cámara, almazara, todos los tiempos del pluscuamperfecto del Subjuntivo -que siempre atesoran un sabor a promesa- y varios millones de palabras con rima en asonante. “Jara”, de etimología árabe (tierra llena de vegetación), expresa la mitad de un octógono de perfección infinita. Son célebres el juego de palabras “Ara la jara, Sara, mas la vara amarra a la tara; para allá va la avara” o este palíndromo traído por los pelos: “A la jara Sara jala”. Pero lo mejor de todo es que, a pesar de tanto boato literario, la jara no pase más que por ser un despreciado arbusto pegajoso de los páramos secos.

Celemín

“Celemín”Suena a mágico y a antiguo y más que nada a un diminutivo cariñoso .... Suena a palabra ajena al castellano, mezcla de hechizo y exótica ave nocturna que vaga por las tinieblas de los bosques. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua cita un origen árabe y la hace descender de la palabra "amaní". Dice así: celemín. (Quizá del ár. hisp. *?amaní, de un octavo). 1. m. Medida de capacidad para áridos, que tiene 4 cuartillos y equivale en Castilla a 4,625 l aproximadamente. 2. m. Porción de grano, semillas u otra cosa semejante que llena exactamente la medida del celemín. 3. m. Medida antigua superficial que en Castilla equivalía a 537 m2 aproximadamente, y era el espacio de terreno que se consideraba necesario para sembrar un celemín de trigo. Eduardo Martínez Addiego explica algo sobre esta palabra encuadrada en su aparición extraña en la Biblia: “Pero además de esa 'perla' singular, ideal para discutir con los que afirman que cada parte de la Biblia tiene sentido propio, aparecen otras palabras muy poco usadas en el lenguaje común: el sicómoro de Zaqueo no es más que una higuera; y el celemín de la parábola es una "medida de capacidad para áridos que tiene cuatro cuartillos y equivale en Castilla a 4.625 ml", según mi diccionario. Nadie explica por qué Jesús prefirió hablar de un celemín más que de un cajón común y corriente”.

AGURTZANE ZALBIDEA

COLABORACIÓN ESPECIAL



AIRE FRESCO, PALABRAS NUEVAS

A veces, los mayores (y estoy hablando de edad cronológica), tiramos la mirada hacia atrás y nos damos cuenta de la sinuosidad el camino del poeta. Si nos detenemos en la actual condición innecesaria de la poesía y de ese extraña y fatal pulsión que nos lleva a hacerlo a pesar y contra de todo, debemos reconocer que cada día es más difícil hacerse escuchar como poeta. Cuando esto sucede, cuando hacemos ese balance de nuestros propios pasos, es el momento de darle paso a la generosidad que tal vez encontramos o no en nuestro pasado, de la solidaridad que tal vez ejercieron o no para con nosotros y por sobre todas las cosas, llega el momento de no pasar por alto la obra de un poeta nuevo, que sólo se empeña en escribir sin levantar su voz y sin evaluar su propio trabajo, porque no hay tiempo para otra cosa que para ganarse la vida, porque el día termina y el sueño y el cansancio tienen que resignarse para dar paso a la poesía. Los poetas jóvenes, en su mayoría, llevan una doble vida: la lucha por lo cotidiano y la de poeta. La primera genera y alimenta a la otra. Imposible sería lo contrario, ya que sabemos que con la poesía no se come. Hay que reconocer que se ha dado un salto enorme en relación a la posibilidad testimoniante de la poesía de hoy y la de varias décadas atrás, que se esmeraba en métricas y rimas, buscando denodadamente la armonía del ritmo y la palabra bella. Hubo siempre poetas que decían a su antojo sin ajustarse a ningún canon, pero eran los menos. Hoy, el poeta es un ser casi anacrónico, pero libre, un ser que busca a sus pares para sentirse escuchado y lo hace eligiendo en libertad y sabiendo que la poesía no es el pan de cada día en este mundo de realidades en el que vivimos. Es más, un poeta es como alguien que se desnuda y camina por la calle sin que nadie se de vuelta para mirarlo. Pero más allá de todo, insistimos, seguimos haciendo poesía, continuamos estrechándonos entre nosotros y valiéndonos de todos los medios para podernos comunicar y convertir cada día en un milagro de expresión poética.

SUSANA GIRAUDO

LA CAZADORA QUEBRADA. Recordando a Alejandra Pizarnik



Toda la noche escucho el llamamiento de la muerte, toda la noche escucho la voz de la muerte que me llama Alejandra Pizarnik.

Desde un horizonte herido aparece como la proa de un barco fantasmal, es una palabra que se arrastra cual gusano buscando guarida, pero ahí está ella la gran cazadora de palabras, la que no tiene compasión, la que la sacrificará en el altar de algún poema que no terminará. Corro las cortinas de mi departamento, vivo en la Calle Montevideo al 900, última buhardilla junto a una mujer de clase media, judía, drogadicta, bisexual... Solo una niña asustada. Se hace llamar Alejandra, pero a mí me permite decirle Bumita, siempre le gustó el fuego como no habría de gustarle a la hija del incendio. Es justo que les diga que estoy completamente enamorado de esta mujer, que me atormentan sus ojos, me atormenta su mirada, no puedo mirarla directamente a los ojos sin que un escalofrió recorra mi espina dorsal, ese es mi trabajo pero ella me lo roba constantemente, soy el cazador atrapado en su trampa, pero ya tengo un plan, una red inmensa, un laberinto, un universo eterno de palabras, sólo para ella, no podrá con la tentación. Ahora mismo intenta mientras mira por la ventana a mi lado, encontrar aquella palabra que no sabe dónde puso, yo la tengo escondida y no la encontrará. Garabatea algo, murmura, pero no es eso, no, Alejandra, todavía no. Sólo tiene corpiño y bombacha y abre la ventana de par en par, no importa si el gordo está mirando, ya no, hoy es noche de visitas, lo presiento, alguien vendrá, pero no piensa en vestirse, no ya no. Es una mujer atrapante, es curiosa, es terriblemente irritante, es seductora, no puedo dejar de mirarla, ella podría seducir al mismo amor. Cuántas pieles, cuántos roces, en nombre de ese amor, cuántos lechos, cuántos besos, cuántos hombres, cuántas mujeres, cuántas cuentas sólo para descubrir que el dolor sigue siendo sólo tuyo. Dueña y señora, amante y esposa él te pertenece, dolor, sólo dolor. Es una

noche triste, demasiado tal vez, pero alguien llegara, alguien tiene que atrasar este reloj de plástico. Se escuchan voces parecen salir del pasillo o tal vez de las paredes, pero no, éstas no son las voces de siempre, son diferentes, son rebeldes, son voces de alguien que está perdido, estas voces no se dejan poetizar, no se pueden exorcizar o tal vez sí. Aquella ruta maldita Acaricio su pelo negro y se enciende su mirada, suavemente al oído le digo que la amo, no dice nada, sólo sonríe, y es suficiente, la beso tiernamente y ella se entrega, recorro con mis manos su cara y me detengo en su cuello, empiezo a apretar, aprieto, cada vez más fuerte, su cara cambia de color y la suelto desesperado, mi locura es ella, es ella la que me tienta a ir más allá. Me dice que la lleve lejos, muy lejos, donde sólo estemos solos, donde no hay palabras que buscar, sólo mis brazos sobre su pequeño cuerpo tibio, que cure la herida, esa que no deja de sangrar, esa que enturbia sus ojos, que la cure sin decir nada, sin pedir nada, sólo con caricias, esas caricias que a veces salvan vidas. No tiembles, Alejandra, no tiembles. Entiendo que tienes el corazón roto de una niña que ha envejecido de repente, si que entiendo la tristeza de tus muñecas de trapo, ellas no lloraran si me voy, seguro que no. ¿Si tomo tu mano me prometes que la herida desaparecerá?, no quiero que me mires con esa tristeza de barco sin tripulantes, recuerda “tremolarás tus manos” pero ya sabes que de todos los amores míos sólo amo mi espejo, y esta noche “voy a llorar hasta romperme”. Ese pequeño final ahora siento la noche lastimándome, no quiero amanecer, la luz del día terminará matando mi último poema, la noche sigue su ruta de sangre, cruza por mis entrañas, la noche, la noche y yo hemos roto para siempre. Como una daga musical atraviesa mi cuerpo desnudo, extraños dibujos empiezan a formarse en el misterioso telar de la imaginación, yo cerraré las ventanas, ya avanza la noche, el día no puede encontrarnos, ven, Alejandra vamos a dormir. Ya no será necesario seguir luchando cada día por latir, ya no quedan búsquedas, ya nadie quiere encontrarse. Aquella palabra que no encontrabas, ahora duerme a tu lado. Tambaleando escribe en el pizarrón:

Criatura en plegaria
rabia contra la niebla
escrito en el crepúsculo
contra la opacidad
no quiero ir nada más que hasta el fondo
¡oh vida!
¡oh lenguaje!
¡oh Isidoro!".

Criatura solitaria, misterio de la palabra, eterna mirada dentro de la poesía, no hay más tiempo, Alejandra ya el barco está partiendo, no hay tiempo para un adiós, no hay tiempo, son las cuatro y media de la mañana de este 25 de Septiembre de 1972, afuera el cielo vomita sangre, hay sombras todavía, demasiadas sombras, llora Buenos Aires, Alejandra, llora, tus ojos cerrados.

“Ella no sintió miedo, no tembló nunca. Entonces, ninguna compasión, ni emoción, ni admiración por ella. Sólo un quedar en suspenso en el exceso del horror, una fascinación por un vestido blanco que se vuelve rojo, por la idea de un absoluto desgarramiento, por la evocación de un silencio constelado de gritos en donde todo es imagen de una belleza inaceptable.” La condesa sangrienta.

Alejandra Pizarnik nació en Avellaneda, Buenos Aires, el 29 de Abril de 1936. El 25 de septiembre de 1972, mientras soñaba nuevos poemas lejos de la clínica siquiátrica donde estaba internada, murió de una sobredosis intencional de seconal, desde entonces su pequeña sombra ha cobijado a casi todo poeta local y visitante, mientras su corazón sigue enamorándose de la noche.

JARO GODOY



ICONOS

EN LA CÁMARA DE PÓRFIDO



El sol se oscureció, las naves equivocaron su rumbo,
y todo el mundo convino en que si el sol ocultaba sus rayos
era porque se había dejado ciego al emperador.

"Crónica" de Teófanes

Los sonidos de la tarde se movían perezosos alrededor de Constantino. El aviso de un claxon lejano se enroscó con el tartamudeo de un tubo de escape, y después ambos se abrazaron con el murmullo que subía desde la marquesina de la parada del autobús. Las ramas de un plátano curioso acariciaron la celosía del balconcillo, y sus hojas susurraron rumores suaves y lentos. La voz de un locutor se espesó hasta detenerse en una última palabra, y más allá el mundo se fundió en un remanso de silencio en el que Constantino se sumergió con placer.

Se despertó con un ligero sobresalto: llegaba tarde a su cita con Irene. Se levantó apresurado del sillón y fue al baño. Se mojó la cara, se peinó y se arregló la ropa. Cuando iba a salir por la puerta de la calle se detuvo intranquilo, agitó la cabeza y regresó al salón. Él no tenía ninguna cita con Irene, el no conocía a ninguna Irene; sin embargo, la sensación de saber quién era aquella mujer resultaba tan intensa… Podía pasear por sus facciones. Las finas cejas eran como arcos perfilados sobre el cielo



pálido de su frente, parecían diademas que coronaran unos ojos verdes, enormes, brillantes. Sus cabellos eran ajorcas desmayadas sobre el óvalo de su cara. La leve nariz oscilaba sobre unos labios casi púrpuras —como el color de la túnica que perfilaba su cuerpo—, unos labios que se deformaban en una sonrisa cruel desprovista de ternura o amor.

Se sentó de nuevo en el sillón. Desconcertado, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos tratando de retener la imagen de la mujer. Los cerró como si la oscuridad fuera diferente cuando bajaba los párpados, como si no fuese ciego, como si, quizá, cuando los abriera la habitación pudiese volver a estar allí. Al otro lado de la ventana los niños corrían y gritaban, el siseo de los monopatines se deslizaba sobre el asfalto. La melodía de una canción de moda bailaba con el tintineo de platos, vasos y risas de una terraza de verano próxima. La desazón por no llegar a la cita con Irene se le enroscó de nuevo en el estómago. Irene… ¿Qué Irene?

Recogió su bastón blanco y bajó a la calle. El camino era sencillo: cinco pasos a la izquierda desde el portal y luego diez a la derecha hasta el semáforo. El parque era un viejo conocido desde hacía tres años, desde que perdió la vista; por allí podía pasear sin temor, tranquilo. Y tenía tiempo, mucho tiempo. Desde hacía tres años su tiempo era negro e infinito.

Aguardaba la cantinela que acompañaba al hom-

brecillo verde del semáforo cuando sus pensamientos fueron barridos por un olor a sándalo. El cuerpo cálido de mujer del que emanaba aquella fragancia palpitaba allí, a su lado. Giró la cabeza, la miró con sus ojos ciegos y su imagen se le formó en la retina: los pies calzados con unas botas de color púrpura; unas tiras de cuero que se le enroscaban en las piernas hasta la altura de las rodillas, donde desaparecían debajo de una túnica corta de seda que resaltaba sus bruñidas formas, una túnica también de color púrpura, recamada en oro, como la de un emperador. Y sus facciones tal y como se le habían dibujado unos momentos antes.

Siguió el rastro de sándalo y durante unos minutos creyó haber recuperado la vista. El aroma parecía dibujar los contornos de la mujer, podía ver su olor, podía caminar por su perfume; hasta que Irene, porque era Irene la que rielaba sobre el fondo de su noche interminable, se desvaneció con la brisa del atardecer y la noche regresó a sus ojos. Tanteó el suelo con el bastón blanco, levantó el rostro hacia el cielo y dilató las aletas de su nariz tratando de recuperar a Irene. Erró sin saber qué dirección elegir, cómo volver a su hogar, desesperado por haberla perdido.



La voz de Elvira y su mano sobre el hombro le sacaron de su negro laberinto. Una pesadilla, dijo él azorado. Un sueño, le replicó su mujer con una mirada divertidamente celosa que él no pudo apreciar. Informó a Constantino de los preparativos para su cena —ella tenía turno de noche en el hospital—, y se despidió de él con un leve beso en los labios, quizá algo extrañada por la actitud distraída de su esposo. Cuando el alegre ‘hasta mañana’ de Elvira se hubo diluido entre los rumores domésticos del vecindario, se dirigió hacia el escritorio donde se hallaba el ordenador. El nombre de la mujer de su sueño le oprimía las sienes. Activó el reconocimiento de voz y ordenó su búsqueda en la enciclopedia digital. Él, que siempre había amado el olor de la tinta y el seco crujido del papel, ahora era esclavo de un gorgoteo falso que sustituía al aletear de las páginas entre sus dedos.

Irene, emperatriz de Bizancio, fue el primero de los resultados. Miró a la oscuridad, seleccionó la entrada y regresó al sillón. Mientras la vida de aquella mujer se derramaba desde los altavoces de la computadora, la negrura empezó a disolverse. Una claridad grisácea bañaba el interior de la celda. La luz de la luna resbalaba sobre los muros húmedos cubriéndolos de plata. Desde su yacija, Constantino intentaba adivinar el significado de los sonidos que reptaban por debajo de la puerta de su prisión. Voces amortiguadas por la madera y el metal, murmullos excitados y, al final, una orden que se mezcló con el metálico golpear de la llave en la cerradura. Entonces el temblor amarillo de las antorchas bañó su túnica desgarrada; dos hombres cubiertos sólo con un faldellín de cuero lo levantaron y acercaron al umbral. Seis magníficas águilas bicéfalas labradas en oro planeaban sobre las armaduras de los miembros de la Guardia Imperial que le esperaban en la galería. Alejo, el Estratega, a quien él mismo había nombrado unos meses antes, cuando se creyó emperador, graznó:

— La emperatriz os reclama, Constantino. Os aguarda el castigo por vuestra traición.

Constantino buscó los ojos de aquellos soldados —quizá aún retuviera un resto de autoridad—, pero no los encontró; atrincherados entre las sombras que danzaban por el corredor, todos le huían la mirada, incluido Alejo. Por fin, éste inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento dirigido a alguien invisible situado a su espalda. Una mano poderosa le agarró por el pelo y tiró hacia abajo obligándole a levantar la cara y mirar hacia la techumbre. Una sombra plateada cruzó por delante de sus ojos. Antes de que el dolor llegara, un trazo sanguinolento pareció pintar el aire sobre su cabeza. ¿Quién gritaba de aquella manera tan espantosa? En las sombras perpetuas del salón flotaba la voz metálica que seguía desgranando los hechos de la emperatriz de Bizancio. Asustado, Constantino se palpó el ros-

tro. La nariz continuaba en su sitio y sus manos no estaban manchadas con su propia sangre. Se puso en pie y tendió las manos buscando el teclado del ordenador. La madera negra estaba recubierta de incrustaciones de bronce; al otro lado de la enorme puerta de doble hoja se encontraba la Cámara de Pórfido, el dormitorio de la emperatriz, el lecho de Irene, el lecho donde él mismo había nacido. Unas manos que no eran las suyas golpearon con la aldaba de oro, y la puerta giró sobre sus goznes arrastrada por dos esclavos nubios. Alguien le empujó y, con pasos breves, penetró en la gran sala donde las paredes del color rojo de la sangre convertían la estancia en un útero gigantesco. Al fondo, erguida, el contraluz perfilaba una oscura silueta. Bajó los párpados por un instante, y la negrura regresó, la bruma le abrazó furiosa. Se ahogaba, estaba ciego. Abrió los ojos y el aroma a sándalo le inundó de nuevo. Una voz aguda reverberó entonces sobre los muros púrpura como si fuera el baladro de la pizarra herida por el granizo. Irene le preguntaba por qué la había traicionado; en su tono despuntaba la ira sobre un fondo de desagrado y hastío. Él se miró los pies desnudos, sucios de barro y polvo. Su túnica destrozada y con costras de sangre dejaba ver unas piernas cubiertas de heridas y cicatrices. En sus muñecas brillaban con fulgores desmayados unos grilletes herrumbrosos. Irene le hizo una seña: un espejo, le ordenaba que se mirara en él. En el cristal flotaba un rostro desfigurado. La barba crecida y el largo cabello que le caía sobre la frente no llegaban a ocultar la mutilación de su nariz. Con una mano temblorosa tanteó el muñón rojizo, primero sobre el azogue y después en su propia cara. Un pensamiento amargo, irritante e inoportuno empañó la imagen: estos despojos ya nunca podrían convertirse en los amos del Imperio.



La voz de Irene le repitió la pregunta. Soy tu soberana, tu dueña, tu madre. ¿Por qué has querido asesinarme? ¿Por qué trataste de levantar a las tropas de Anatolia contra mí? La mujer se había apartado del ventanal y se había recostado en el enorme lecho. Era hermosa, tanto que apenas podía soportar su visión. Los ojos le dolían, y a pesar de todo no podía dejar de mirarla.

Irene hizo un leve gesto con sus cejas. Cuatro poderosas manos negras le sujetaron, le arrastraron hasta un sillón próximo y le ataron. La mujer se le acercó, y unos ojos verdes y helados le contemplaron. ¿Por qué me odias? ¿Por qué me quieres matar, hijo? Constantino experimentó un profundo mareo. Estuvo seguro de que se había desvanecido, porque soñó con un aposento extraño donde un mágico artilugio le hablaba sobre su madre y todo a su alrededor era negro. Cuando se recuperó, la escena había cambiado sutilmente. Al lado de Irene se frotaba las manos un hombre calvo, de barba rala, vestido con una túnica bordada con plata y perlas. Era el Primer Ministro, el odiado eunuco Estauracio. Una sonrisa minúscula se insinuó en sus labios cuando le espetó, “Mira a tu madre, Constantino. Nunca más volverás a verla”.

Constantino se debatió entre sus ligaduras. Pensó en apretar los párpados; quizá pudiera despertar allí donde él no era hijo de Irene, aunque le atemorizaba la terrible oscuridad de aquel mundo. Supo que no lo había conseguido porque en ese momento le sujetaron la cabeza contra el respaldo del sillón. De algún lugar surgieron dos agujas doradas. El sufrimiento fue atroz cuando se clavaron en sus ojos, pero no tanto como el pánico que le asaltó al sumirse en las tinieblas de la ceguera. Sus últimas lágrimas se mezclaron con la sangre que se le derramaba por los pómulos; eran ríos de sangre y lágrimas que se llevaban los alientos finales de su vida. Sus propios gemidos de agonía se le confundieron con la voz de Irene ordenando que se lo llevaran de la Cámara de Pórfido. Ya se hundía en una noche sin estrellas cuando la puerta de la calle se abrió. Constantino murió sin llegar a oír el grito de horror de Elvira.

ROBERTO SÁNCHEZ

AFORISMOS DE LA GRANJA

UNA RESPIRACIÓN SECRETA



Los alientos están dormidos, ni calientan ni guían al extraño, sólo el que lee en el corazón, extraño y hondo corazón del reloj, recupera lo perdido para sí mismo y quizás consiga pasar a otros ese aliento que no muere, solamente muta.

19 de agosto de 1994, noticia de la muerte de Canetti.

El origen hispano, concretamente sefardí, del autor lo desvela un detalle curioso de su apellido : Canetti viene del original Cañete y no es sino un italianización de un ascendiente de Elías, un cambio hecho con el propósito de transformar el apellido en más europeo y distinguido. Pero no nació en nuestro país, aunque sus lejanos antepasados sí lo hicieran. Nació en una pequeña aldea búlgara de nombre Rutstschuk. A lo largo de su vida residió en varias ciudades, y entre las más destacadas puede hablarse de Londres, Viena y Zürich, lugar en el que falleció en el año 1994. Fue un óbito desvelado, curiosamente, cinco días más tarde; el que ésto escribe, amante de sus aforismos y en general de su obra, leyó impresionado la noticia ese 19 de agosto, y consignó en la primera página de su obra *El corazón secreto del reloj* el lacónico texto que encabeza este escrito. Y también impresionado por la forma de marcharse: abandonaba el mundo mientras dormía, sin enfrentarse, cara a cara, a lo que más detestaba, la muerte. Se iba de este mundo uno de los últimos exponentes de la cultura centroeuropea del siglo XX, que había recibido el Nobel de Literatura en 1981; este judío centroeuropeo dominaba varias lenguas, entre ellas el inglés, el ladino y el alemán, lengua en la que eligió escribir toda su obra.

En el año 1939 comenzó a escribir aforismos en Londres, donde residía después de haber huído de la Europa continental debido al estallido de la segunda guerra mundial. Vivía con Veza, su esposa, y recogía información para su gran obra *Masa y poder.* Este trabajo de creación a medio camino entre el ensayo y el tratado antropológico al que dedicó dos décadas de su vida; en este tiempo leía todo tipo de textos que caían en sus manos y fue su válvula de escape a tanta reconcentración; era como una respiración secreta que iba construyendo como fruto de sus lecturas, así como un diario secreto del que sólo conocemos un diez por ciento de sus aforismos; en el año 2025 quedarán liberados por deseo del autor el conjunto de sus manuscritos para poder ser publicados.

Los aforismos de Canetti son fogonazos que hace florecer otros mundos y versan sobre aspectos importantes en la vida de los hombres. Sin duda, la muerte y Dios son los temas que más persistentemente aparecen. Hay pequeñísimos relatos o historias de una sola frase y también reflexiones sobre escritores u obras de la más variada índole, aunque son más abundantes las obras literarias.

Su experiencia con la muerte habría marcado al niño Canetti. Como nos cuenta su editor, Mario Muchnik, la cara de espanto de sus mayores fue mayúscula cuando de pequeño intentó golpear a una primita suya en la cabeza con un hacha. Más tarde en Zürich, cuando un profesor les llevó a él y a los de su clase a visitar un matadero, el joven Canetti, al contemplar allí una oveja preñada recién sacrificada y abierta en canal, atina a decir al profesor: “Asesinato”. También está relacionado con el asunto de la muerte el tema de las masas que investigó a su manera en la obra mencionada de *Masa y poder.* En tres momentos de su vida tuvo ocasión de contemplar y vivir en sus propias carnes los comportamientos de la masa en experiencias imborrables: una, cuando en su aldea natal vio un pavoroso

incendio alrededor del cual merodeaban innumerables figuras, que no eran sino ladrones; otra, que tuvo lugar en Austria en 1914, cuando nuestro protagonista se puso a cantar el “God save the King” que había aprendido en Inglaterra en medio de una manifestación de nacionalistas germanos, quienes le propinaron una terrible paliza de la que se salvó de milagro; y la tercera, que le sobreviene también en Viena el 15 de julio de 1927, a la edad de veintidós años, cuando fue testigo de los hechos que acontecieron en torno a una manifestación que protagonizaba una multitud que se dirigía al Palacio de Justicia para protestar por una sentencia absolutoria a los asesinos que habían matado a unos obreros, y vio cómo el Palacio comenzó a arder, cómo la policía recibió la orden de disparar, y cómo en la calle quedaron noventa muertos. El escritor recordó siempre aquella experiencia, como una pesadilla que permaneció en él mucho tiempo y le volvía a aparecer incluso en sueños. Él formaba parte de aquella masa que presenció el asesinato de decenas de personas, y ésto marcó su futuro como intelectual: “Aquel día terrible, iluminado por luces claras, capté la verdadera imagen de aquello que, en forma de masa, domina nuestro siglo. La capté tan intensamente que, tanto por obligación como por decisión espontánea, he vuelto a reflexionar sobre ella. Nunca he dejado de frecuentarla y observarla, y aún hoy día siento lo mucho que me cuesta separarme de ella, ya que sólo he conseguido realizar una parte mínima de mi proyecto inicial : conocer y comprender a la masa”. Y así se recluyó del mundo para crear su gran obra en el Londres de los años cuarenta. Contaba en su haber con una sola novela titulada *Auto de fe.* Tuvo la idea de continuar la estela de *Masa y poder* en un segundo volumen que se hubiera titulado *Poder y supervivencia*, pero que nunca llegó a ver la luz.

Los aforismos que presentamos han sido extraídos de su segunda aforística, *El corazón secreto del reloj (apuntes 1973-1985)*, quizá la primera publicada de esta naturaleza en nuestro país. Fue la obra que me introdujo en el resto de la obra de Elías Canetti. Supongo que la adquirí a raíz de una reseña periodística de 1987 en la que el periodista entresaca unas decenas de aforismos. Por aquel entonces yo contaba veintiun años y aquellas líneas me impresionaron. Ese antiguo artículo ya amarillento ha sido rescatado estos días de mi archivo de recortes de periódico; y hasta endulzado por la inesperada foto de un Canetti sonriente que enseña su dentadura con un rostro distendido, lejos de las fotos usuales que se pueden ver del autor, en las que hay una especie de reconcentración melancólica y que muestran la figura de un hombre que sacrificó su vida a la escritura, que se retiró del mundo con el único deber de indagar y crear. Lo que sigue es una libre selección de esta obra aforística que he vuelto a revisar con gusto. Dejo para un artículo posterior, una más sesuda y seria semblanza de su obra más extensa y más difícil de encontrar en las librerías cuyo título grandioso es *La provincia del hombre.* Lean con calma y degusten aforismo a aforismo la sabiduría inmarcesible y el genio de Elías Canetti. Hasta pronto.

El proceso de escribir tiene algo de infinito. Aunque se interrrumpa cada noche, la escritura como actividad es una sola y revela su máxima autenticidad cuando entra en escena sin recurrir a ningún tipo de artificio.

Un hombre que crezca en el curso del día y al acostarse sea un gigante. Por la mañana se despierta muy pequeñito se ha reducido mientras dormía y vuelve a empezar su crecimiento diario.

Las ideas de los filósofos tienen algo de truco ilusionista. Muchas cosas desaparecen para que, de pronto, haya algo en la mano.

La primera condición previa para que existiera sería que uno mismo planteara sus preguntas y no se limitara sólo a responder. Las preguntas ajenas distorsionan, uno se acomoda a ellas, acepta palabras y conceptos que debería evitar pese a quien pese.

Sólo se deberían usar palabras que se hayan cargado de un sentido nuevo.

Quien está obsesionado por la muerte, por ella se hace culpable.

Intenta hablar del futuro, se siente un chapucero y enmudece.

Advirtió el efecto de sus palabras y perdió el habla.

Alguien que, sólo, fuera invencible, pero al que sus aliados debilitasen.

Se pasa dos días a la semana sin periódicos, y hete aquí que todo sigue como ahora.

Podría ser que Dios no duerma, sino que se mantenga oculto por miedo a nosotros.

Unamuno me gusta, : tiene los mismos malos atri-

butos que conozco por mí mismo, pero jamás se le ocurriría avergonzarse de ellos.

Se consideraba inteligente porque al día siguiente pensaba de otro modo.

El éxito es el espacio que uno ocupa en el periódico. El éxito es la desvergüenza de un día.

El espíritu vive del azar, pero ha de echarle mano.

Un país en el que los hombres estallaran con un breve chasquido. Luego desaparecerían sin dejar huellas, ni un solo resto.

Sé que no he hecho nada. ¿De qué sirve decirse que muchos ni siquiera saben esto de sí mismos.

Se puede no ser absolutamente nada, se puede haber fracasado de la manera más deplorable, y, sin embargo, servir de algo siendo consecuente con una sola cosa.

Lo quiera o no, el que se explora a sí mismo acaba explorando todo lo demás. Aprende a verse, pero de pronto, si es que ha sido honesto, aparece lo demás y resulta tan rico como él mismo lo era, y en última instancia más rico.

Cada vez con más frecuencia se descubre a sí mismo pensando que no hay salvación para la humanidad. ¿Será acaso un intento por quitarse de encima la responsabilidad?

Esta inquebrantable sensación de perdurar, no menguada por ninguna muerte, ninguna desesperación, ninguna pasión por los otros, mejores (Kafka, Walser): no logro hacerle frente. Sólo puedo registrarla con repulsión.

Los profetas sienten la amenaza de los hombres por Dios, que les parece justiciero. Hoy que los hombres se amenazan a sí mismos, los profetas se confunden.

Cada cual tiene que enfrentarse de forma totalmente nueva a la muerte. Aquí no hay normativa alguna que pueda adoptarse.

¿Por qué sólo seré yo mismo en el miedo? ¿Habré sido educado para el miedo? No me reconozco sino en él. Una vez superado, se vuelve esperanza. Pero es miedo por otros. He querido a la gente por cuya vida he temido.

Una fe que no conozca ningún cielo, para la cual el cielo aún no haya sido arrancado de la tierra.

Entiendo perfectamente que alguien se odie. Lo que no entiendo es que alguien se odie a sí mismo y a los demás. Si se odiara de verdad ¿no debería aliviarlo el hecho de que ellos no sean él?

Hay que emplear el elogio en reconocer lo que no se es.

Imaginar una forma de desaparecer que sojuzgue a la muerte.

Quien se ha abierto demasiado pronto a la experiencia de la muerte, jamás podrá cerrarle otra vez sus puertas; una herida que acaba siendo una especie de pulmón a través del cual se respira.

Se ha refugiado en Dios. Es allí donde más le gusta sentir miedo.

Volverse impreciso, ocultar la opinión propia, decirlo todo aproximadamente, degenerar en oráculo.

Por temor a posibles complicaciones se quedó analfabeto.

A veces tiene la impresión de llevar ojos falsos, colocados por Dios.

Cuando leo palabras en este idioma, para mí nuevo, mis propias palabras se llenan de frescura y energía. Los idiomas encuentran su fuente de la eterna juventud unos en otros.

Escribir hasta que, en la dicha de la escritura, uno deje de creer en su propia desdicha.

Hace del miedo una esperanza. Impostura o mérito de escritor.

Durante todo un año no utilizó un solo adjetivo. Su orgullo, su mérito.

El último árbol, una idea tan angustiosa como el último hombre.

Montaigne, el afirmador del “yo”. “Yo” como espacio, no como posición.

Echa al vuelo la vieja campana : Dios. Pero ¿son mejores las grandes campanas nuevas?

¡Cuánto has envejecido para llegar a la incertidumbre! Y eso que tampoco es la clara epokhé de los escépticos; tu incertidumbre es negra.

Piensa mucho. Lee mucho. Escribe mucho. Expresa tu parecer sobre todo, pero callando.

Que uno se irá realmente y no habrá pasado nada, y que uno no ha hecho nada y sólo ha entrevisto a ratos lo que hubiera debido hacer.

Registrar el momento en el que uno se resigna a la

muerte.

Solamente es feliz cuando lee. Más feliz es todavía cuando escribe. Pero el colmo de su felicidad consiste en leer algo que aún no sabía.

Ningún poema puede ser la verdadera imagen de nuestro mundo. La verdadera, la aterradora imagen de nuestro mundo es el periódico.

Estuvieron a punto de matarlo : con la palabra “éxito”. Pero él la cogió en sus manos con gesto decidido y la rompió.

Conocer el número de pasos que nos han sido asignados desde un principio. El número de palpitaciones y de alientos. El número de mordiscos.

¿Por qué te enorgullece realmente tanto el que la muerte no se aparte de tus pensamientos? ¿Te ves acaso a ti mismo más auténtico o más valiente? ¿Es ésta tu forma de ser soldado : sin aceptar órdenes, pero vestido con una especie de uniforme que es del de todos y del que hasta ahora nadie ha sido capaz de deshacerse? ¿Tendrías que pensar en la muerte si hubiera uno solo que hubiese escapado de ella?

Ya no me irrita el final feliz del cuento: lo necesito.

No se sabe nada, pero se coquetea con ello hasta dar la impresión de que se tiene una gran sabiduría oculta.

La astucia de olvidar: de todo ello ha de salir algo mejor.

Llega una etapa, en la vejez, en que mentalmente sólo se pueden dar dos pasos atrás y dos adelante. Llamémosla la etapa del área reducida. Pero incluso esta etapa puede ser fecunda para alguien que previamente haya cazado en grandes cotos.

“Emli n mfas”... “Señor de la respiración”, uno de los nombres de Dios entre los tuaregs.

El dolor de hablar. Hablas como a las puertas de ti mismo.

Ha aumentado su indefensión ante la muerte. La fe con la cual se comprometió no era ninguna protección. No le estaba permitido protegerse. Pero es que había otros ahí, con él. ¿Acaso no los protegió también a ellos? ¿Cómo es que casi todos han caído y él aún sigue en pie? ¿Cuál es la relación secreta y vergonzosa que él desconoce?

“Una uva que ve a otra, madura.”

Refrán bizantino

“Su rostro irradiaba la misma mezcla de seriedad y



dulzura cuando contaba, extasiado, cómo una vez tuvo entre sus manos una golondrina, le miró los ojos y, al hacerlo, tuvo la impresión de haber mirado el cielo.”

Wasianski : Immanuel Kant en sus últimos años de vida

Juan Rulfo : ”Un muerto no muere. El día de los difuntos la gente habla con él y le da de comer. La viuda engañada se dirige a la tumba de su difunto esposo, le echa en cara sus adulterios, lo insulta, lo amenaza con vengarse. La muerte en Mexico no es sagrada ni es extraña. La muerte es lo más cotidiano que hay”.

...

¿Y qué siente usted, señor Rulfo, cuando escribe?

Remordimientos de conciencia.

Lo más difícil para el que no cree en Dios : que no tiene a nadie a quien poder agradecerle. Más aun que por el propio desamparo, uno necesita un Dios para darle las gracias.

Nadie entiende el trabajo preliminar, subterráneo, de la ira.

La forma de *Masa y poder* llegará a ser fuerte. De haberlo continuado, hubieras destruido este libro con tus esperanzas. Tal como está ahora, obligas a los lectores a buscar sus propias esperanzas.

Temor de Dios : se ha convertido en el temor de Dios ante nosotros, y es tan grande que Él se mantiene oculto y nadie sabe dónde localizarlo. Teme la cara insolente del hombre y que éste, su criatura, le pase con toda confianza un brazo por el hombro y

lo tranquilice a Él, su creador. “No tengas miedo, que aquí estamos nosotros, tus criaturas te protegerán.”

Llegó a casa. Todo estaba en su sitio. La mesa se había disuelto. Se sentó y escribió en el aire.

El paranoico no está de camino en ningún sitio. Todo lo exterior acaba formando parte de su laberinto interior. No puede escapar a sí mismo. Se pierde, sin olvidarse.

¿Quién no hubiera aprendido a polemizar en la escuela de Karl Kraus? Sin embargo, en lo más profundo de mi ser aborrezco la polémica. No me gusta disputar. Escucho al otro. Expongo mi causa. Pero que el otro y mi causa luchen, no, es lo último que deseo. La lucha tiene para mí algo de indecoroso.

La culpa de sobrevivir que tú siempre has sentido.

Te comportas como si desde los presocráticos y los chinos no hubiera habido nada.

Los viejos, que saben cada vez menos, pero con dignidad.

“Me muero de sed, dame de beber de las aguas de la memoria.”

Órfico

Se siente creativo cuando dice ”dios”.

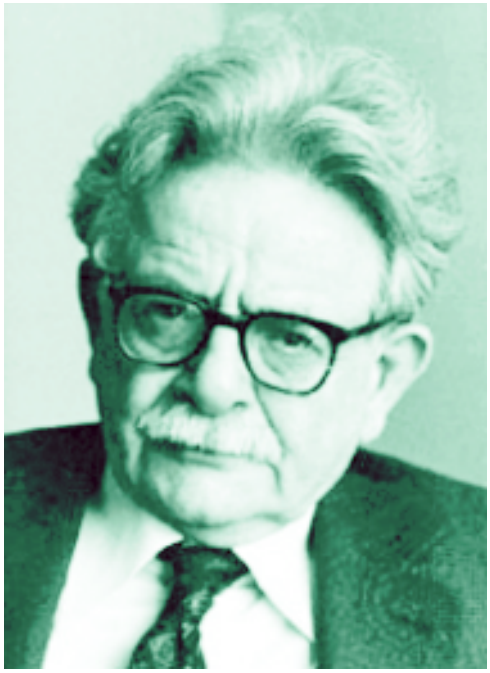
Un país en el que la gente camina cabeza abajo cuando hace alguna maldad.

Hastío de las propias cosas, que no por eso han de ser malas, sino sólo demasiado conocidas.

Quizás nadie haya dudado del hombre tan profundamente como tú. Quizás por ello tenga tanto peso tu esperanza.

Puesto que desde muy antiguo, desde siempre, los chinos han sido nuestros modelos en el arte de vivir, resulta tanto más doloroso ver cómo ahora imitan nuestro ejemplo. Al final, cuando nos alcancen, habrán perdido todas las ventajas que nos llevaban.

JON ROSÁENZ LARAUDOGOITIA



Ambientación y fuentes :

El corazón secreto del reloj Muchnik Editores, 1987

Auto de fe Biblioteca de Plata. Círculo de Lectores, 1994

Apuntes (1942-1993) Obras Completas IV. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, 2006

LA LITERATURA EN EL CINE Y/O VICEVERSA

EL HOMBRE DELGADO.
Dashiell Hammett



Para la ocasión hablaremos de género, no de hombres y mujeres, que también los habrá, sino de novela negra, sociedad gris marengo y cine rosa. Asistiremos a los primeros síntomas del efecto invernadero, para ver como se calienta la tierra y se despejan los cielos encapotados del duro invierno. El sol de verano dará la bienvenida a los turistas, que disfrutarán de su aperitivo en la tasca del pueblo, que ahora se llama “Pub Manolo” y además tiene pista de baile. A la noche el whisky lo mezclan con cocacola y los sirven en vasos de plástico de un litro, a solo a 5 euros. Ya nadie se emborracha, tan solo van de “pedo”. En definitiva, veremos cómo una novela de sombras y bajos fondos se convierte en una comedia de sobremesa que guarda su único encanto en la nostalgia que nos despiertan las películas en blanco y negro.

Dashiell Hammett, autor del libro *El hombre delgado* publicado en 1934 y llevada a la gran pantalla ese mismo año y con el mismo título *The Thin man*, nació el 27 de mayo de 1894 y murió en Nueva York el 10 de enero de 1961. Vivió como lo hicieron los personajes de sus libros, de forma accidentada y comprometida, entre whiskies y ambientes sórdidos y subterráneos. Estuvo afiliado al partido comunista, y para no desmerecer, fue investigador y combatiente. En 1915, entró en la "Pinkerton's National Detective Agency” de Baltimore, que abandonó en 1918 para alistarse en la Armada, de la que fue licenciado en menos de un año, tras contraer tuberculosis, y a la que regresó en 1920 para dimitir definitivamente como agente secreto en 1922.

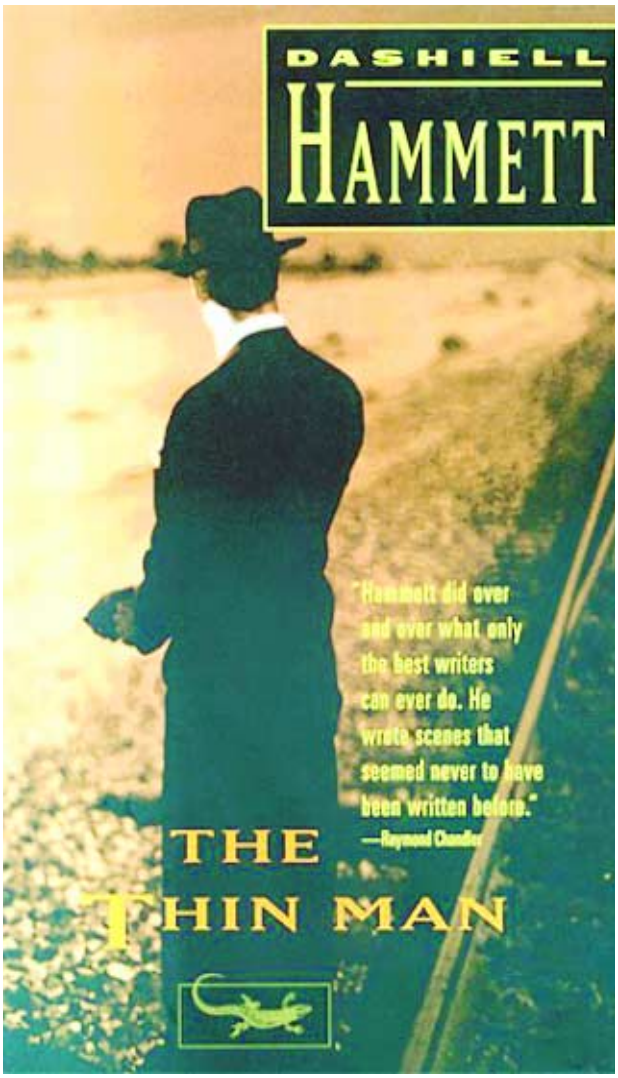
El propio Dashiell y el tiempo que le tocó vivir, una sociedad americana marcada por la gran depresión y afanada en luchar por la demagogia que supone la palabra libertad en ese país, fueron protagonistas principales en sus obras y en el nacimiento de la novela negra. Y así, en medio de esta dicotomía entre la imagen puritana de valores conservadores, y la de aquellos que se bebían las botellas que se escondían tras la ley seca, nacieron el libro y la película, cada uno a un lado de esta visión del mundo. Alejado del género clásico de intrigas policíacas, en las que es la propia trama el hilo conductor de la novela, en *El hombre delgado*, la investigación no es más que el marco en el que situar a los verdaderos protagonistas, los personajes y su entorno. La historia, centrada en la búsqueda del asesino de Julia Wolf y en la desaparición del principal sospechoso, el inventor Clyde Wynant, evita el misterio al presentar continuamente a sospechosos que son descartados casi de inmediato, y los pocos que permanecen sembrando dudas, lo hacen a base de tanto engaño que dificulta tomar parte por uno de ellos. El desenlace se precipita en pocas páginas y, aunque da coherencia a todo lo ocurrido, elimina la posibilidad de permitir al lector descubrir la intriga a la par que el detective, al no proporcionarle pistas durante el desarrollo de la trama.

Sin embargo, esto no va de ser Sherlock Holmes, no se fuma en pipa ni se buscan pistas con lupa. Aquí hay cigarrillos a media asta y revólveres humeantes. Esto va de ser Nick Charles, el detective protagonista de *El hombre delgado*. Como el resto de personajes que aparecen en la novela, cumple con un estereotipo, en su caso el de tipo sarcástico, ácido, habituado a los ambientes sórdidos, a los lugares donde se encuentra la información, los bajos fondos. Es duro y con clase, un hombre de palabra, que se acuesta borracho, se desayuna un whisky y aún así permanece lúcido. Adentrarte con él en los suburbios neoyorkinos, en mitad de la omnipresente noche a tomar una copa en el “Pigiron Club”, el bar de Studsy Burke, en compa-

ñía de gansters, confidentes y expresidiarios, es sumergirte en el mundo de la novela negra. Un género donde se habla sin rodeos, igual que se vive o se muere, sin tapujos y menos prejuicios, un lugar que no obvia la suciedad, donde la mujer es "fatal" y el hombre se emborracha, pega y mata. Sus fronteras no cierran, pero tienen derecho de admisión. Es un mundo sin diminutivos.

Por todo esto sorprenden dos cosas. La primera, el éxito y la falta de censura que tuvieron las obras de Dashiell Hammett, recordemos su activismo político en unos años que eran la antesala de la caza de brujas. La segunda, es precisamente la adaptación cinematográfica, que repitió el éxito, pero cambiando por completo el registro de la novela.

La película dirigida por W.S. Van Dyke e interpretada por William Powell y Myrna Loy, en los papeles del detective Nick Charles y su mujer Nora Charles, fue rodada en menos de dos semanas, prácticamente por completo en interiores y obtuvo nominaciones a los Oscar en las categorías de mejor película, director, actor principal y guión adaptado. Aunque respeta la estructura y el contenido, prescinde de la esencia de los personajes y se aleja del retrato social. Cambia el tono sarcástico del libro por el cómico, los ambientes sórdidos por decorados de cartón piedra, el sexo por besos de tornillo y la carga de violencia por cuatro mamporros mal pegados. Es cierto que como comedia, la película no funciona mal, hay química entre la pareja protagonista, con interpretaciones correctas y mucha galantería de la de antes, sobreactuada pero con gracia. Lo mejor, la ausencia de chistes fáciles de las comedias de hoy, y la escena final, repleta de humor inteligente, en medio de una situación completamente surrealista, en la que se citan a cenar los sospechosos del crimen, para tratar de descubrir al verdadero asesino. El cambio de registro en la adaptación, es posible que se debiera a la forma de hacer cine en los años veinte y treinta a ese lado del Atlántico, momento en el que se entendía como una forma de entretenimiento, que durante su etapa muda había tenido en la comedia su máximo valedor del éxito comercial. Todo lo contrario sucedía en el cine europeo, que veía en lo artístico una parte fundamental para reforzar el mensaje de la película. Los decorados, la iluminación, fotografía y vestuario, dejaron de ser elementos accesorios y dieron sus primeros pasos hacia las técnicas modernas de realización. Movimientos como el



"Expresionismo" alemán, o el propio cine propagandístico de la Unión Soviética, retrataban la sociedad más allá del puro acto teatral y buscaban un fin más allá del entretenimiento.

Esta forma de "ennegrecer" el cine fue calando poco a poco en los estudios americanos, en parte gracias a la emigración de directores europeos, que más que los mensajes y contenidos, incorporaron las nuevas técnicas, permitiendo la aparición de nuevos géneros. Precisamente en 1941 se estrenó *El halcón maltés*, película dirigida por John Huston, adaptación de la obra homónima de Dashiell Hammett, y que se considera como la primera película de cine negro.

Lástima que *El hombre delgado* no se hubiese rodado tan sólo ocho años después. Nos habríamos reído menos, pero sonreído mejor, socarronamente, como lo hubiera hecho Nick Charles.

EMILIO HIDALGO

LA CAJA DE LOS TRUENOS

EL ÁRBOL Y LA CARRETERA

Un acercamiento a *Nocilla Dream* de Agustín Fernández Mallo.



Nocilla Dream es la primera novela de este autor coruñés nacido en 1967. Fue considerada como una de las mejores novelas del 2006 por los críticos de El Cultural, y la mejor según la revista literaria Quimera. Es la primera entrega de su Proyecto "Nocilla", que consta de dos libros más todavía inéditos: *Nocilla Experience* y *Nocilla Lab*. Comenzó a bosquejar lo que luego acabaría siendo esta obra en julio de 2004, y la concluyó meses más tarde en la habitación de un hotel de Bangkok (Tailandia), lugar en el que hubo de permanecer recluido más de tres semanas para recuperarse de las lesiones sufridas tras ser atropellado por una motocicleta el primer día de sus vacaciones. Con estos antecedentes, la obra parece desde su origen una locura febril y contagiosa. Ya el título nos pone sobreaviso de lo que el libro nos depara. Fernández Mallo lo tomó de una canción con ese nombre del grupo musical "Siniestro total". ¿Curiosas circunstancias, no? Ante esto, cabe preguntarse si en la concepción del libro todo es fruto de la casualidad, o más bien se trata del resultado de una clarividencia extraordinaria. Él reconoce que escribió la obra de forma intuitiva, guiado por un instinto que "bebe" de Borges, de Thomas Bernhardt y de Wittgenstein, del cine y de las ciencias, y del arte conceptual (Duchamp).

Nocilla Dream, tal y como la considera el mismo autor, no es propiamente una novela, sino una docuficción en tono poético, una ficción con tintes de documental en la que convive poesía, internet y un árbol en mitad de un páramo con las ramas plagadas de zapatos de todas clases; desiertos y micronaciones; ancianos surferos chinos, Falconetti o el Che. Fernández Mallo entreteje una especie de tela de araña que enlaza realidades pluridimensionales. Y es que este escritor es un ecléptico. Su mundo es un espacio vital en el que operan agentes tan heterogéneos como los personajes televisivos del Equipo-A y el pensamiento filosófico de Cioran, o la ciencia física y la poesía de Valente, o los chicles de fresa ácida y el grupo indie Sr. Chinarro, etc. Y ese universo personal de Fernández Mallo es, por un lado, un cosmos de certezas precarias, probabilidades y verdades flotantes, en el que la realidad es mera información, una ficción o representación del mundo, pura construcción subjetiva sustentada en la interpretación cultural de una serie de códigos de lo "pretendidamente objetivo"; y por otro, una nebulosa que orbita en la constelación de un posmodernismo tardío, en donde el tiempo progresivo no existe, sólo el presente perpetuo, en donde la Historia no es lineal ni está abocada a un final ideal, y en donde se desvaneció hace ya muchas décadas la utopía de una humanidad sublime e idílica, esa meta a la que supuestamente nos conduciría el progreso continuo, tal y como preconizaban las caducas teorías de la Modernidad.

En este orden de ideas, *Nocilla Dream* se presenta como una tentativa reivindicativa y reinventiva de la posmodernidad, como una muestra fehaciente de una incipiente narrativa con un sugerente efecto lisérgico. Es un performance literario en el que se embrollan todo tipo de textos (científicos, filosóficos, descriptivos, dibujos narrativos de fotografías, anuncios, noticias, historias reales, relatos de ficción, informes técnicos, artículos de crítica social, etc.) que nos recuerda a la forma de expresión de las artes plásticas, en las que se entreveran texturas muy heterogéneas (aceites y óleos, pinturas, telas, metales, minerales, utensilios, elementos naturales, aparatos electrónicos, etc.) y se combinan formatos



diferentes (montajes luminotécnicos, electrónicos, informáticos o sónicos, instalaciones multimedia, interactivas, conjuntos de híbridos de cuerpos naturales y sintéticos, etc.). En esta obra, que ha sido calificada como collage, docuficción, indie, poesía postpoética, narrativa de blog y cosas similares, Fernández Mallo presenta de forma abstracta, con un lenguaje pulcro y ligero, textos que pretenden comunicar algo por pura sensación, y no por su relación argumental o estructuración narrativa. No relata una historia, sólo traza pinceladas híbridas y dispersas, en una especie de perspectivismo que le impide enfocar o determinar objeto, personaje o asunto alguno (descripciones someras, personajes sin caracterización ni rol definido, historias sin discurso ni final, etc.), al igual que las obras de arte no figurativo moderno presentan líneas, volúmenes y manchas de color con la única intención de llegar al espectador a través de la impresión espontánea que transmiten.

Evidentemente, no es una novela al uso. En ella, Fernández Mallo despliega los presupuestos estilísticos propios de la estética posmoderna: la fragmentación del discurso narrativo, la intertextualidad, el metalenguaje, la ironía, el lirismo contenido, la exposición de las interpretaciones de los hechos (que prima al relato minucioso de los mismos), los ambientes artificiales, la despersonalización de los personajes, que más que como individuos humanos aparecen como modelos de roles sociales, la estructura anárquica del texto (el libro no está organizado en capítulos hilados), la infinidad de historias que aparecen sin cerrar, como si no tuvieran nada que ver entre ellas y simplemente estuvieran ensambladas por un artificio conductor, y las numerosas páginas de reseñas tecnológicas y científicas que parecen un pegote sin sentido. Por este motivo muchos lectores encontrarán la obra extraña y desconcertante. Probablemente piensen así no pocos lectores habituados al modo de hacer de la narrativa convencional. Están en su derecho. Aunque sus prejuicios y resistencias a la hora de abordar una obra que exige una nueva perspectiva estética tengan bastante de apriorísticas. Porque es cierto que *Nocilla Dream* consiste básicamente en una representación escrita de lo que es el autor, que según parece transita por un mundo interior conformado por historias reales, imaginarias, propias unas y apócrifas otras, y en la mayoría de los casos estrambóticas y rocambolescas, historias que vuelca en un sinfín de microrrelatos que distribuye aparentemente de forma aleatoria a lo largo del libro, de suerte que las situaciones, los objetos y los personajes que las constituyen se confunden en un maremágnum de caóticas y exorbitantes ideas que vertebra en torno a un árbol perdido en una planicie desierta y a una solitaria carretera de Nevada. Pero es mucho más que eso. Es un ejercicio de funambulismo en la divisoria entre el abismo del vacío y la plenitud existencial, una novela sobre los desiertos personales y la incomunicación humana, una novela de "fronteras", de límites entre lo social y lo asocial, lo físico y lo simbólico, la vida y la muerte, etc. Y sobre todo es primordialmente una miscelánea literaria resultante de la plasmación en narrativa del ejercicio creativo y la metodología propias de la actividad poética. Es, por decirlo así, un poemario formado con más de una centena de capítulos, que en realidad no son sino poemas reunidos bajo el nexo metafórico de una carretera y un árbol que florece zapatos. La diversidad formal y de contenido de cada capítulo-poema se explica como multiplicidad de tipos de estrofa poética y como variedad de mensajes poéticos. De esta manera, si el lector supera las reticencias que pueda tener o el rechazo inicial que pueda sentir ante un libro de estas características y lo considera como una suerte de poemario, comprenderá que todos los capítulos-poema que lo componen, en apariencia y sentido tan divergentes, conducen a un único propósito: hablar del individuo humano actual. El poemario abunda en las impresiones, observaciones, informaciones e imaginaciones que Fernández Mallo realiza en un viaje figurado que tiene lugar en el territorio del a poesía. Así, lo único que hace es reproducir en un

escrito, como una experiencia unitaria y global, las percepciones, las informaciones, las imágenes, los pensamientos, los sueños y las historias que ha vivenciado en su peripecia fantástica, en esa incursión en el fondo de las catacumbas de la esencia del individuo humano. Individuo que es representado simbólicamente por medio de un árbol solitario enraizado en un erial y una carretera infratransitada. El árbol expresa el egocentrismo (o si se quiere, la egolatría) que caracteriza a dicho individuo, mientras que la carretera significa la virtualidad de la apertura y el movimiento hacia lo diferente, o sea, el tránsito por la esperanza a una nueva identidad individual. El árbol es cada uno de nosotros. Nosotros en nuestra soledad radical, nosotros enrocados en nuestra mismidad, nosotros creciendo exclusivamente para nosotros; ese árbol cubierto de zapatos (árbol y zapatos forman un todo) es cada uno de nosotros emperifollados con miles de adornos llamativos y coloristas (que nos sirven para ocultar nuestra verdadera entidad y despistar así a quien se nos acerca), nosotros mostrando el pecho engalanado de medallas de todos los colores de la soberbia… La carretera es la posibilidad de cambio, la vía a otra parte, la dimensión de la libertad, los brazos abiertos de los demás, el curso de un proyecto, el cordón umbilical con el futuro… Todo eso son uno y otra. Y mucho más… Porque si nos detenemos un momento a reflexionar sobre el particular, encontramos que ese árbol que cada uno de nosotros es representa la esencia de nuestra individualidad, esa reclusión voluntaria en nuestro hermético ego, el silencio ante la acción arbitraria de los agentes externos (el árbol se deja hacer cada vez que alguien cuelga de una de sus ramas un par de zapatos, lo mismo que nosotros aceptamos las medallas que nos conceden, merecidamente o no), la artificialidad de la parafernalia tras la cual nos parapetamos y nos mostramos en sociedad. Nadie conoce la especie a la que pertenece ese árbol, si florece en primavera, si algún pájaro anida en sus ramas, si alguna vez le acompañó un heliotropo o un rododendro, si en otoño se desnuda melancólico y llora desconsolado vertiendo al suelo lágrimas de hojas caídas o si en invierno tirita de frío recubierto de carámbanos. A nadie parece importarle nada de todo esto, sino sólo satisfacer la curiosidad por saber la razón de tanto zapato colgado de las ramas. Como tampoco a nadie le preocupan los sueños del otro, del individuo que se le presenta delante enmascarado en diferentes pantallas de apariencias, ni si en su corazón habita el amor, si tiene amigos, si llora alguna pena en silencio o sufre en la tumba de su soledad, sino nada más que la naturaleza de la máscara que porta y su valor social o económico, así como la idoneidad u originalidad de la misma. Con este talante tan ridículo y tan superficial enfrentamos las relaciones interpersonales, de igual modo que el árbol se perfila en la carretera, inmutable y aparente, y de semejante forma a la que la carretera se constituye en un marco de desencuentro y distancia que constriñe su virtual dimensión de apertura y libertad. La consecuencia palmaria es la radical y absoluta incomunicación e inautenticidad en las que supuestamente nos “comunicamos”. Y eso… en el mejor de los casos. Porque lo habitual en la mayoría de las relaciones humanas es la despreocupación respecto de todo lo ajeno a nuestro ego, el nulo conocimiento del “otro” (fundamentado principalmente en una hermenéutica de las máscaras que ostenta ese “otro”, la cual se afianza en los prejuicios) y en la utilización del “otro” para los propios fines, características que constituyen los síntomas de lo que podríamos denominar el “síndrome burbuja”, la pandemia moral e identitaria de nuestros días. Fernández Mallo recoge en tono casi periodístico el pulular anárquico, alocado e insólito de tantas y tantas “burbujas” a la deriva en la constelación llamada Nocilla Dream. Cada personaje, cada situación, cada información, cada descripción que traslada al lector es un hecho atómico, la representación del microcosmos de cada una de esas “burbujas” o, si se quiere, la placa radiográfica de la diversidad de la tipología humana. Y son tantas las “burbujas”, tantas las especificidades de su naturaleza, tantas y tan diferentes las direcciones de sus movimientos, tantas las peculiaridades de los ámbitos de concomitancia, que el conjunto de realidades atómicas o constelación de “burbujas” resulta un estremecedor absurdo, una locura que envuelve y contagia al lector, quien a fin de cuentas comprende que Fernández Mallo lo único que hace es conglomerar en las páginas de un libro las imágenes de la realidad social y la realidad personal del individuo tipo actual reflejadas en el espejo descriptivo de un observador objetivo. Esta sociedad se concreta en un mundo globalizado en parámetros económico-socio-culturales universales, que más bien parecen un “totum revolutum” que otra cosa, y que paradójicamente se traducen en comportamientos individuales de “todo vale” y de “cada uno va a lo suyo”. Por eso, es posible que unos surfistas nonagenarios orientales surfeen en olas de las playas asturianas, que muchachas díscolas se extravíen



en en cualquier carretera, que individuos extraños sean ciudadanos de micronaciones ignotas, que los científicos se dediquen a adiestrar a ratas para que desactiven minas antipersona, que un beodo sea tocado por la luz diáfana del conocimiento o que los políticos compitan en estupidez. Nada de esto es más inverosímil ni extraordinario que los contenidos de cualquiera de los programas de tele-basura, de los "realities" multimedia, de la página de sucesos de los noticiarios, de las grabaciones colgadas en "you tube", o la laia de los retos a los que se enfrentan los aspirantes a figurar en los records "Guinnes", por ejemplo.

No obstante, y a pesar de todo, Fernández Mallo no puede sustraerse a la magia del amor, a la genuina y sincera proyección física y espiritual de un individuo en otro sujeto humano. El mensaje que nos lanza en *Nocilla Dream* es que el amor es la esperanza y la clave para la superación del embotamiento en uno mismo, este mal endémico que asola nuestra sociedad. El amor es la vivencia íntima que ensambla catárticamente el "yo árbol" y el "yo carretera" que todos somos, proyectándonos a los otros. Así ocurre en la novela, cuando el árbol y la carretera conforman el punto de reencuentro y reconciliación de dos enamorados. El hombre, obnubilado por la longitud y el potencial recorrido de la carretera por la que transitaba con la amada, decide abandonarla y lanzarse a la aventura en solitario, en un alarde de egoísmo y de carencia de seriedad y compromiso personal. La mujer, desvalida y desahuciada, queda en medio de la carretera a expensas de lo que le depare la suerte. El hombre, al cabo de un tiempo, reconsidera su acción y vuelve a la carretera en busca de la amada. La encuentra junto al único árbol que jalona esa carretera a lo largo de muchos kilómetros. Halla a la mujer descalza, herida y derrotada. Es entonces cuando aflora en el hombre el verdadero amor, que brota incontenible, con la fuerza del dolor y el arrepentimiento. La desnudez de la mujer, su "poquedad" flagrante, hace que el hombre se sienta tal cual ella y decida equipararse a la amada. De este modo, él también se quita los zapatos, se abraza a la mujer, le da la mano y juntos comienzan a caminar descalzos por la carretera. El hombre colgó los zapatos de una rama del árbol testigo de una verdadera historia de amor. Fueron los primeros que adornaron el árbol, que posteriormente sería objeto de un trasiego morboso de zapatos-adorno colgados de sus ramas. Como dicen los "pragmáticos" modernos, o sea, esos pusilánimes coyunturales que atestan los círculos mediáticos y de poder, "Es lo que hay". Y lo que hay es que un acto de amor, un singular desprendimiento de ego simbolizado en un par de zapatos abandonados en la rama de un árbol perdido en una carretera de quinta categoría, queda absolutamente oculto y desvirtuado bajo el vistoso manto de cientos de zapatos que otros tantos advenedizos colgaron caprichosamente, por mor de la superficialidad imperante y la obsesión de protagonismo que caracterizan su tránsito por la carretera. Y nosotros no somos diferentes a estos oportunistas de solera. Lo que hay es que la hipotética tridimensionalidad de la realidad (lo que es, lo que vemos y lo que queremos ver) se reduce a un único plano acotado exclusivamente a lo que queremos ver, a la pura subjetividad, que no es más que una forma sublimada de egoísmo. Como dicen los "conformistas de pro": "Es lo que hay", que no es sino la tragedia asumida y consentida que vivimos los individuos humanos en estos tiempos en los que todos queremos ser Dios. Y *Nocilla Dream* no es más que un escaparate de "eso" que hay, de esa tragedia. Que no es poco…

ADRIÁN ARZA

LA BUHARDILLA

Averigua el título y el autor de la obra a la que pertenece el texto. Si sabes la respuesta, envía un e-mail a la dirección de correo electrónico: contactar@latertuliadelagranja.com. Entre los acertantes se sortearán dos libros.

Este año, el año cuarenta y cinco, los alemanes ya no dominaban el espacio aéreo de nuestra ciudad. Y menos aún el de toda la región, el del país. Los ataques de la aviación habían desbaratado las comunicaciones de tal manera que los trenes de la mañana pasaban al mediodía, los del mediodía por la tarde y los de la tarde por la noche, así que a veces sucedía que el tren de la tarde llegaba sin un minuto de diferencia, con lo que marcaba el horario, pero eso se debía a que era el tren de pasajeros de la mañana que llevaba cuatro horas de retraso.

Anteayer un caza enemigo ametralló encima de nuestra ciudad a un caza alemán hasta quitarle un ala. Y el fuselaje se incendió y cayó en algún lugar en el campo, pero el ala aquella, al soltarse del fuselaje, arrancó varios puñados de tornillos y tuercas, que cayeron sobre la plaza y les abollaron las cabezas a unas cuantas mujeres. Pero aquella ala planeaba sobre nuestra ciudad, los que podían se quedaban mirándola, hasta que el ala, con un movimiento chirriante, se elevó por encima de la misma plaza, donde se juntaron los clientes de los dos restaurantes, y la sombra del ala aquella cruzaba la plaza y la gente atravesaba la plaza corriendo hacia un lado y enseguida corría hacia el lado donde había estado un momento antes, porque el ala no dejaba de moverse como un péndulo enorme, que hacía huir a los ciudadanos en dirección contraria al sitio posible de su caída y mientras tanto emitía un ruido cada vez más fuerte y un sonido silbante. Y entonces dio un giro rápido y cayó en el jardín del decano. Y a los cinco minutos los ciudadanos ya se llevaban el metal y las chapas de aquella ala, para que enseguida, al día siguiente, aparecieran como techos de jaula de conejos o gallineros; un ciudadano cortó esa misma tarde tiras de aquella chapa y por la noche se hizo en la moto unos hermosos protectores para las piernas. Así desapareció no solo el ala sino también toda la chapa y las piezas del fuselaje del avión del Reich, que cayó en las afueras de la ciudad, sobre los campos nevados. Yo fui en bicicleta a mirarlo, media hora después de que lo derribaran. Y ya me encontré por el camino con ciudadanos que arrastraban en sus carritos el botín que habían obtenido. Era difícil adivinar para qué les iba a servir. Pero yo seguía en la bicicleta, quería ver aquel aeroplano destrozado, yo no soportaba a la gente que siempre anda buscando algo, ¡qué va, qué voy a andar yo recogiendo o arrancando piezas, trastos! Y por el camino de nieve pisoteada, que conducía ya a aquellas negras ruinas, venía mi padre; llevaba una especie de instrumento musical plateado y sonreía y agitaba aquellas tripas plateadas, una especie de tubitos. Sí, eran tubitos del avión, los tubitos por los que pasaba la gasolina, y hasta la tarde, en casa, no averigüé por qué estaba tan contento papá con aquel botín. Los cortó en trozos del mismo tamaño, les sacó brillo y después puso junto a aquellos sesenta tubitos relucientes su lápiz metálico, al que se sacaba la mina. Mi padre sabía hacer de todo, porque desde los cuarenta y ocho años estaba jubilado. Era maquinista y había conducido locomotoras desde los veinte, así que sus años de servicio valían el doble, pero los ciudadanos se volvían locos de envidia al pensar que mi padre podía vivir aún veinte o treinta años. Y además papá se levantaba aún más temprano que los que iban a trabajar. Por toda la región recogía cualquier cosa, tornillos, herraduras, se llevaba de los depósitos públicos cualquier trasto innecesario y lo almacenaba todo en casa, en el cobertizo y en el desván; una chatarrería parecía nuestra casa. Y cuando alguien decidía prescindir de unos muebles viejos, todo se lo llevaba nuestro padre, así que aunque en casa no éramos más que tres, teníamos cincuenta sillas, siete mesas, nueve canapés y montones de armaritos y lavabos y jarras. Y hasta eso era poco para mi padre, salía en bicicleta a recorrer la región y aún más lejos, hurgaba en los depósitos con una barra de hierro y por la noche regresaba con el botín, porque todo podía servir algún día para algo, y servía, porque cuando alguien necesitaba algo que ya no se fabricaba, alguna pieza para el coche o la trituradora o la trilladora y no lo encontraba, venía a nuestra casa, y mi padre se ponía a pensar, la memoria lo conducía a algún sitio del desván o del cobertizo o a los montones que había en el patio, y entonces metía la mano en alguna parte y al cabo de un rato sacaba algún trasto que de verdad servía. Por eso mi papá solía ser el jefe

de las campañas de recogida de chatarra, y cuando transportaba todos aquellos trastos de hierro a la estación, siempre pasaba frente a nuestro portal y dejaba caer parte del producto de aquella campaña de recogida. Y a pesar de eso los vecinos eran incapaces de perdonarle. Debía de ser porque nuestro bisabuelo Lukás recibía un doblón al día de renta, y después, cuando llegó la República, en coronas. Mi bisabuelo nació en mil ochocientos treinta y en mil ochocientos cuarenta y ocho era tambor del ejército y como tal luchó en el puente de Carlos, donde los estudiantes les tiraron adoquines a los soldados y le acertaron a mi bisabuelo y lo dejaron inválido para toda la vida. Desde entonces cobraba la renta, un doblón diario, con el que se compraba cada día una botella de ron y un paquete de tabaco; y en lugar de quedarse sentado en casa, fumando y bebiendo, iba cojeando por las calles, por los caminos, pero a donde más le gustaba ir era a los sitios en los que la gente se dejaba la piel trabajando, y ahí se burlaba de aquellos obreros y bebía aquel ron y fumaba aquel tabaco, y por eso todos los años le daban al bisabuelo en algún lugar una paliza tal que el abuelo lo llevaba a casa en carretilla. Pero cuando el bisabuelo se reponía, volvía a ponerse a preguntar quien lo pasaba mejor, hasta que volvían a darle otra paliza terrible. La caída de Austria le quitó al bisabuelo aquella renta, la que había recibido durante setenta años. Con la pensión que le dieron al llegar la República se acabaron el ron y los paquetes de tabaco. Y a pesar de eso todos los años le seguían pegando al bisabuelo Lukás hasta dejarlo inconsciente, porque se seguía jactando de aquellos setenta años durante los cuales había tenido todos los días la botella de ron y el tabaco. Y en el mil novecientos treinta y cinco el bisabuelo se fue a jactar delante de unos picapedreros a los que acababan de cerrarles la cantera y le dieron tal paliza que se murió. El doctor dijo que podía haber seguido viviendo tranquilamente otros veinte años. Por eso no había ninguna otra familia que cayese tan mal en la ciudad como la nuestra. Mi abuelo, para que la astilla no fuera tan distinta del palo, del bisabuelo Lukás, era hipnotizador y trabajaba en circos pequeños y toda la ciudad veía en su hipnotismo el deseo de hacer el vago toda la vida. Pero cuando los alemanes cruzaron en marzo nuestra frontera para ocupar todo el país y avanzaban en dirección a Praga, el único que fue hacia ellos fue nuestro abuelo, únicamente nuestro abuelo fue a hacerles frente a los alemanes como hipnotizador, a detener los tanques que avanzaban con la fuerza del pensamiento. Así que el abuelo iba por la carretera con los ojos fijos en el primer tanque, que dirigía la vanguardia de aquellos ejércitos motorizados. Y encima de aquel tanque estaba metido hasta la cintura en la cabina un soldado del Reich, en la cabeza llevaba un birrete negro con la calavera y las tibias cruzadas, y mi abuelo seguía de frente hacia ese tanque y llevaba los brazos estirados y con los ojos les infundía a los alemanes la idea, dad la vuelta y regresad... y de verdad, el primer tanque se detuvo, todo el ejército se quedó quieto, el abuelo tocó aquel tanque con los dedos y siguió emitiendo la misma idea... dad la vuelta y regresad, dad la vuelta y regresad, dad la vuelta... y después un teniente hizo una señal con un banderín y el tanque se puso en marcha, pero el abuelo no se movió y el tanque lo atropelló, le arrancó la cabeza, y ya no hubo nada que le cerrara el camino al ejército del Reich. Y después papá se fue a buscar la cabeza del abuelo. El primer tanque se detuvo antes de llegar a Praga, estaba esperando que llegase una grúa, la cabeza del abuelo había quedado aplastada entre las cadenas y las cadenas estaban tan retorcidas que papá pidió que le dejasen sacar la cabeza del abuelo y enterrarla después con el cuerpo, como corresponde a un cristiano. A partir de entonces, la gente de toda la región solía discutir. Unos gritaban que nuestro abuelo era un loco, los otros, que no del todo, que si todos se hubieran enfrentado con los alemanes como nuestro abuelo, con las armas en la mano, quién sabe cómo hubieran terminado los alemanes.

En aquella época vivíamos fuera de la ciudad, fue más tarde cuando nos trasladamos a la ciudad, y a mí, que estaba acostumbrado a la soledad, cuando llegamos a la ciudad se me estrechó el mundo. Desde entonces sólo cuando salía a las afueras, sólo así respiraba. Y cuando volvía, a medida que las calles y las callejuelas se estrechaban al cruzar el puente, me estrechaba yo también, siempre tenía y tengo y tendré la impresión de que detrás de cada ventana hay por lo menos un par de ojos que me miran. Cuando alguien me hablaba, me sonrojaba, porque tenía la impresión de que a todas las personas les molestaba algo de mí. Hace tres meses me corté las venas de las muñecas, y fue como si no tuviera motivo para hacerlo. Pero yo sí tenía motivo y lo conocía y sólo me daba miedo que cualquiera que me mirase fuese a adivinar el motivo.

Por eso detrás de cada ventana aquellos ojos. Pero ¿qué puede pensar una persona cuando tiene veintidós años? Yo podía pensar que la gente de nuestra ciudad me miraba porque me había cortado las venas para librarme del trabajo que ellos tenían que hacer en mi lugar, igual que lo habían hecho en lugar de mi bisabuelo Lukás y de mi abuelo Vilém, que era hipnotizador, y de mi papá, que había conducido una locomotora durante un cuarto de siglo sólo para no tener después nada que hacer.

Este año los alemanes ya no dominaban el espacio aéreo de nuestra ciudad. Cuando llegué por el sendero hasta el fuselaje del avión, la nieve brillaba en los llanos y en cada cristalillo de nieve era como si hiciese tictac una manecilla pequeñísima de segundero, porque la nieve se quebraba bajo el calor del sol y se ponía de todos los colores, y oí que no sólo en cada cristalillo hacían tictac las manecillas, sino también en otra parte. El tictac de mi reloj se percibía con claridad, pero yo oía otro tictac más, y ese tictac salía del avión, de aquel montón. Y, en efecto, hacía tictac allí el reloj de la cabina, hasta marcaba la hora correcta y yo la comparé con las manecillas de mi reloj. Y después vi que un poco más abajo había un guante iluminado por el sol, y sentí perfectamente que el guante no estaba solo, que dentro de él estaba la mano de un hombre, y que la mano no estaba sola sino en un brazo y el brazo en un cuerpo humano que estaba en algún lugar debajo de aquellos restos. Y con todo el peso del cuerpo me apoyé en el pedal de la bicicleta; por todas partes sonaban las manecillas de los segunderos, empujadas por la luz del sol, y por las vías a lo lejos resoplaba un tren de carga, resoplaba con alegría; era un tren carbonero, volvía de la cuenca de Most, seguro que de ciento cuarenta ejes, y a la mitad del tren se había quedado trabada la zapata de un freno, estaba al rojo y el metal goteaba sobre el riel, pero la locomotora del Reich arrastraba con alegría aquel vagón trabado.



El texto propuesto en el número anterior de BARATARIA está sacado de la novela *Hijo de ladrón* del escritor Manuel Rojas, publicada en 1951 y considerada por algunos la novela chilena más importante del siglo XX. Hijo de padres chilenos, Manuel Rojas nació en Argentina (Buenos Aires, 8 de enero de 1896), si bien durante el primer tercio del siglo XX reside alternativamente en ambos países. En 1922 un cuento suyo obtiene el segundo premio de una revista literaria argentina. En 1924 vuelve a Chile, adentrándose progresivamente en la actividad literaria. En este país obtuvo a lo largo de su vida numerosos reconocimientos (director de publicaciones de la Universidad de Chile, presidente de la Sociedad de Escritores de Chile...) y en 1957 recibe el Premio Nacional de Literatura. Manuel Rojas falleció en Santiago el 11 de marzo de 1973.

***Hijo de ladrón* (1951) es la primera obra de una tetralogía que tiene como denominador común la vida de Aniceto Hevia, y que Rojas construyó a lo largo de los años. Se completa con *Mejor que el vino* (1958), *Sombras contra el muro* (1964) y *La oscura vida radiante* (1971).**

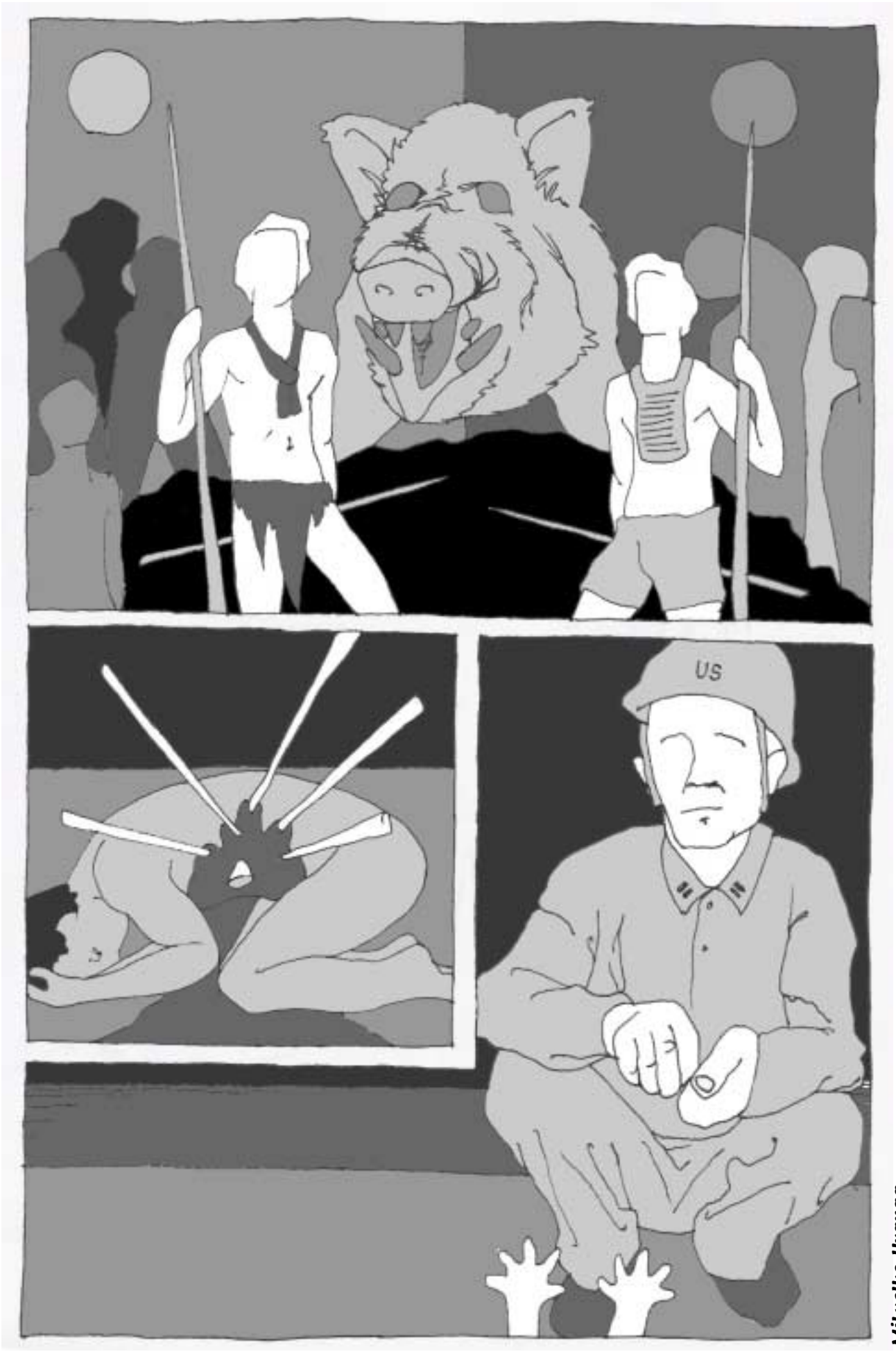
La ganadora de este concurso buhardillero es NEKANE URKIJO.

Se ha llevado dos libros: *Tren nocturno* de Martin Amis y *Los peces de la amargura* de Fernando Arámburu

¡Enhorabuena Nekane! y gracias a todos los participantes del concurso.

El señor de las moscas **IMAGINARIO**





Mitxelko Uranga

RELATARIA

SIETE BRAZOS EXTENDIDOS

Estaba sentada con el brazo extendido mirando la tele. Eran siete brazos extendidos por donde penetraba lentamente el líquido. Algunos llevaban alguna revista o un libro, otros se quedaban aparentemente dormidos durante esas horas que se hacían interminables como si los minutos no tuvieran valor en esas sesiones que les prolongaban la vida. Fuera esperaban los otros brazos, las otras pelucas, las esperanzas puestas en ese líquido venenoso que circularía por sus cuerpos y mataría todo, lo malo y parte de lo bueno. Mientras, en la tele, seguían hablando de las corruptelas o del último amor del matador de toros, porque el mundo, a pesar del miedo y los sueños de los que miraban el aparato en ese recinto blanco, seguía funcionando. Muchas veces quería gritar que el mundo se detuviera, que se quedara allí como si fuese la única oportunidad para que su vida continuara, sin el líquido por sus venas, coronada por la cabellera que había perdido a grandes mechones, con el sabor de un buen plato de comida, sentido anulado entre tantas otras cosas por ese líquido infernal. Se acercó la enfermera a cambiarle la bolsa y la lágrima rodó hasta llegar a la comisura de sus labios, secos y descarnados.



ADRIANA SERLICK

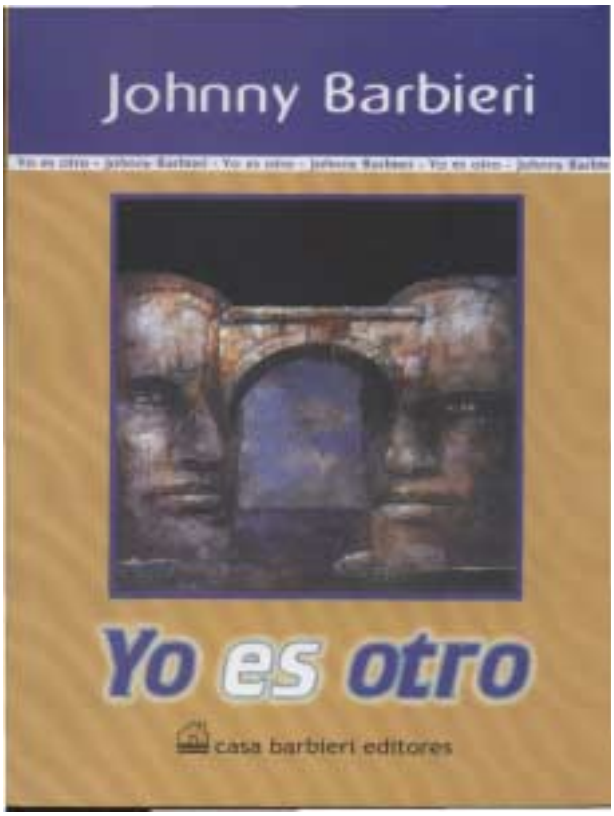
ADVERTENCIAS

En la puerta de la consulta me asalta el primer letrero: “Por favor tocar una sola vez”. Mi vista traspasa a la secretaria para fijarse en un aviso de letras negras sobre papel blanco: “Se ruega a los pacientes no abrir la puerta ni contestar el teléfono”. Ingreso a la sala de espera, con una gran pared de vidrio y el consabido anuncio: “Se ruega no abrir puertas ni ventanas”. Estoy sola, un tabique me aísla de la secretaria. Cruzo las piernas, las descruzo, trato de morderme las uñas, me levanto, me acerco al letrero pero no lo miro. Busco árboles, pero sólo encuentro techos que se elevan pintando de óxido las nubes. El chirrido del teléfono me sobresalta. ”No, el doctor no ha llegado”. La estridencia del timbre me estremece. Quiero irme. Alguien llega y parlotea con la secretaria. El volumen de la música es insoportable. Huyo como loca, me resbalo en el inmaculado parquet. Con los nervios destrozados vomito sobre el último letrero: “Se ruega no manchar el piso”.

MARÍA ISABEL QUINTANA

ENTREVISTAS EN LA GRANJA

JOHNNY BARBIERI, Y SU BÚSQUEDA DE LA NUEVA SENSIBILIDAD EN LA POESÍA DE LATINOAMÉRICA, A TRAVÉS DE *YO ES OTRO*



Johnny Barbieri es un vate importante dentro de la poesía peruana y latinoamericana, y no falto a la verdad, sus obras lo respaldan. Realizar un seguimiento poético, es algo que demandaría tiempo y espacio; un estudio preliminar, sería lo más justo, y a partir de ésta, encontrar toda la concepción poética, que vislumbra su última publicación. Por eso me sobró razón, para acercarme, a conversar, explorar y esclarecer su pensamiento y por ende, en cuanto al libro: *Yo es otro* que se presentó en Lima el 4 abril y el 28 de septiembre en Chimbote, el libro más representativo y controversial que conmueve las fibras del ser humano e invita a encontrar los rasgos de relación y de ruptura que existe entre el primer poemario: *Branda y la Mesón de los Pandos* (1993) y *El libro azul* 1996, libro, génesis imprescindible para comprender su poética y al mismo tiempo, el espíritu vital que dominan en los libros publicados posteriores hasta *Yo es otro*, que es síntesis y testigo, de esa conciencia profunda que ha adquirido Johnny, a partir de la reconversión, como una propuesta capital y contextual del poema, que como objeto muere y resucita en el tiempo y espacio: "lo que ha envejecido se renueva, lo que ha muerto se revive, la idea es inyectar vida al texto que ya no la tiene, que ya cumplió su ciclo vital." "La idea del envejecimiento de los textos alcanza a todos, no hay poeta intocable."

La poesía nunca es la misma, a partir de la propuesta de Johnny Barbieri que se revitaliza en el siglo XXI y nos plantea nuevas formas de hacer poesía. Aquí las preguntas y las respuestas:

LEONCIO LUKE: Johnny antes de iniciar con las preguntas que me trae a entrevistarte, quisiera que me dijeras ¿quién es Johnny Barbieri?

JOHNNY BARBIERI: Johnny Barbieri es alguien que un día después de haber tenido una experiencia budista (1973-1977) decidió hacer lo que más quería: escribir. Quizás el mundo conspiró para lograrlo –como diría Coelho–, pero estoy aquí, haciendo lo que más me agrada. He escrito poesía desde muy temprana edad y creo que cada cosa de importancia que he hecho en la vida ha estado relacionada a ella de alguna u otra forma.

L. L.: ¿Qué es la poesía para Johnny, acaso un espacio de conocimiento, insistencia, persistencia, recreación o solamente el acto de escribir, como placer para trascender?

J. B.: Es la suma de todo. Un hecho artístico o intelectual es un hecho de conocimiento, la misma que se hace valiosa sólo a través de la rigurosidad y ésta se logra con la persistencia, el orden, la lectura, la corrección, etc. Recrear para producir placer en el goce lo logras después. La poesía es como un portal hacia el conocimiento (o la reflexión) no sólo de ti mismo sino del mundo, y como casi nunca logras concretar esto, siempre terminas por buscar más, explorar más, ahí radica el movimiento, la apertura. Es una obra abierta no en el sentido de la variada interpretación que el texto pueda tener – como lo planteaba Umberto Eco – si no en la posibilidad de ser reconvertida y vuelto contemporánea con el propósito de alcanzar el fin último de todo poema que es el goce mayor, la sacudida del espíritu de quien la contempla.



L. L.: ¿Cómo podrías clasificar tu poética? Sabemos que has publicado a la fecha nueve libros de poesía, desde *Branda y la Mesón de los Pandos* 1993 hasta *Yo es otro* 2007. ¿Hay un hilo conductor o disentimiento entre el primer y el último libro?

J. B.: Creo que si las cosas las has tenido claras desde el principio el hilo conductor siempre va estar allí. Por un lado *Branda*… inició un proyecto de búsqueda interior que lo continué con *MAKA, Carne de mi carne, La Virgen negra,* etc. Fue una especie de introspección a la cual siempre vuelvo en mis momentos más difíciles. En cambio *El Libro azul* inició una perspectiva de acepción frente al mundo, que fue más un ver hacia fuera, lo cual es también conocerse a sí mismo conociendo su entorno, el mundo que lo rodea, al igual que *Jugando a ser Dios o Libro Hindú*. Claro, siempre con el hilo conductor bien tensado.

L. L.: Yo percibo en tu poética dos o tres grandes momentos o hitos que dejan huellas, como es el caso de *Branda y la Mesón de los Pandos* un poemario inubicable, lúdico, suprarreal, muy personal, de despegue, y huída en búsqueda de un lenguaje propio, de ruptura con la tradición, y el otro es *El Libro azul* 1996, un poemario de puertas abiertas que insinúa el nacimiento de cada uno de los siguientes libros, segundo momento que se eslabona sin perder el ritmo hasta llegar a la publicación de *Yo es otro* 2007, que es una síntesis y justificación de los libros anteriores. ¿Es verdad lo que afirmo o es una percepción equivocada?

J. B.: Sí, es cierto. El primer momento de apertura a una poesía personal es *Branda*…con este poemario intento concretar una poética que sea ruptura y a la vez inicio de una nueva acepción en el ejercicio poético (sobre todo frente a lo planteado por la generación anterior). Me parece es más la concreción de un lenguaje propio basado en un hedonismo de la imagen, lo cual hace ver una poesía lúdica. Desestimo el lenguaje coloquial y, sobre todo, el espíritu de lucha de clases que animó la poesía de los poetas que nos antecedieron generacionalmente las dos décadas anteriores, e intento una poesía mucho más moderna, posmoderna – quizás-, pero mucho más libre en todo caso. Con *El libro azul* intento un proyecto más grande, tal vez totalizador, en él se anuncia, como bien has percibido, el inicio de mis otros libros; están allí, *MAKA*, que desarrolla un mundo de reminiscencias, Jugando a ser Dios, en la que ensayo un homenaje al hombre y, sobre todo, a la vida, *Libro Hindú*, que habla de mi experiencia budista que lo inicie en un colegio de Lima, y el comienzo de *Yo es otro* con la propuesta sobre la reconversión del objeto.

L. L.: *Yo es otro* es un libro fundamental que toca las fibras más íntimas y conmueve, ¿Acaso es la caza mayor que has logrado hasta la fecha? ¿Qué es para ti este libro, que va más allá de la propuesta misma y aduce como un modelo teórico y práctico de la misma?

J. B.: *Yo es otro*, título tomado de cartas del vidente de Rimbaud, es un libro hecho de la reunión de poemas, algunos ya había publicado en libros anteriores y otros los escribí exclusivamente para este libro. Quizá el peso de intimismo al que te refieres pertenece a los poemas que escribí para un libro dedicado a mi madre, a su vida y a su muerte, el cual lo publicaré próximamente. La propuesta central de este libro es la reconversión del objeto o sea el poema reconvertido a partir de una nueva sensibilidad y de una nueva acepción de moral y de arte. Lo que ha envejecido se renueva, lo que ha muerto se revive, la idea es inyectar vida al texto que ya no la tiene, que ya cumplió su ciclo vital. El producto es un objeto nuevo, es un texto radiante de vida. Es por ello que percibes estos poemas de tal forma que te tocan la fibra más íntima.

L. L.. Cada libro es como un hijo que nace, crece y reclama al mismo tiempo, más cariño que otro, ¿cuál de todos tus libros requiere más atención?

J. B.: Tú lo has dicho son como hijos y a los hijos se les quiere por igual. Cada libro mío tiene algo distinto al otro, es allí donde radica su valor. Aunque siempre, como a los hijos, se estime de forma distinta al mayor por ser el primero y al último por ser el más chiquitín. Con mis poemarios sucede casi lo mismo. Aunque creo que cada poemario está construido siendo un principio y un fin, y a la vez un eterno continuar (proceso ineludible, en la acepción tradicional) porque el sujeto es siempre el mismo; pero esto ya no más. Ahora con la reconversión del objeto se hace posible una nueva

dicotomía que es la del sujeto múltiple y el objeto único. Con esto la posibilidad del eterno continuar es imposible porque el objeto está hecho de muchas experiencias y no de una sola como hasta ahora había sido.

L. L.: A estas alturas de tu vida ¿qué te ha dado la poesía, o mejor dicho la literatura en general?

J. B.: La poesía me ha dado una bella razón para sentirme vivo, más vital. Y a la vez el reto de alcanzar siempre algo más, algo que por lo general se ve inalcanzable y aún así lo sigues intentando. Creo que la gran valía de un verdadero creador es eso, abrir nuevas ventanas, crear nuevas formas que logren más ricas sensaciones estéticas. Es llegar a lo imposible o morir en el intento. Mi poesía entera está enmarcada en esta forma de ver lo poetizable. Es muy fácil continuar lo trazado, lo difícil es saltar el trazo y crear uno nuevo, buscar un nuevo lenguaje (como quería Paz), escudriñar nuevas relaciones con las imágenes, intentar estructuras más ricas, más vitales y lograr al final sensaciones más intensas –poéticamente hablando.

L. L.: ¿Por qué la idea de desacralizar los poemas, no es una falta de respeto a los poetas reconocidos, de la talla de Vallejo, Pizarnik, etc.?

J. B.: La idea más bien es desacralizar al poeta, sobre todo, a aquellos que se ufanan en serlo, y que gracias a lo poco logrado van alimentando la idea de ser unos pequeños dioses, llenándose luego de poses, de gestos retóricos a fin de crear o afianzar su mito. Ahora pueden verse como simples mortales, hombres comunes y corrientes como cualquiera de nosotros. La idea del envejecimiento de los textos alcanza a todos, no hay poeta intocable. El tiempo determinará qué textos han envejecido o muerto, como muchos poemas del modernismo peruano, por ejemplo, que ya no provocan ni una pizca de emoción, están hechos fósiles. El poema vivo es aquel que al leerlo te provoca catarsis, un estado de profunda alegría al verte frente a un texto realmente hermoso.

L. L.: Aunque, déjame decirte, que muchos poetas en forma tímida, han tomado los epígrafes, como cierta manera de contextualizar o de reconvertir los poemas.

J. B.: Es cierto y eso me da la razón, hay que volver contemporáneo un texto inyectándole nueva sensibilidad. El epígrafe evidencia la parte del poema que ha resistido al envejecimiento. Reconvertir el



poema es hacer epígrafe al poema entero.

L. L.: ¿Qué dirías a los poetas que quieren continuar tu propuesta, porque los hay ya, y también a los que no están de acuerdo?

J. B.: Creo que con la reconversión del objeto el arte de escribir ya no será el mismo, el siglo XXI nos exige ser nuevos hombres, plantear nuevas formas de hacer poesía. La reconversión del objeto es la síntesis de todo un proceso de búsqueda de esas nuevas formas iniciadas con el vanguardismo. Es ya el comienzo de una página nueva para el ejercicio poético y, sobre todo, para la conciencia de la misma. Lo que queda en adelante, me parece, es sólo seguir a pie firme por el camino abierto, en el andar encontraremos algunas bifurcaciones, esa será la gran confirmación de que la poesía y el arte en general está más viva que nunca.

L. L.: ¿Cuál es el recibimiento a este poemario *Yo es otro* que es la síntesis de tu propuesta?

J. B.: Por el momento es muy buena, aunque prefiero esperar que el tiempo pase y encasille las cosas en su merecido lugar. He recibido, vía correo electrónico, muchas inquietudes sobre esta nueva propuesta, algunas alentadoras otras con más resistencias al cambio. Lo cierto es que la nueva posibilidad está abierta y así lo están entendiendo la mayoría. Creo que ese es el gran logro del libro.

L. L.: Y por último, ¿qué nuevo proyecto tienes en mente?

J. B.: Como te dije la publicación del poemario que escribí a la memoria de mi madre, que espero publicar el próximo año, terminar algunos cuentos que tengo por ahí y otros que recién estoy escribiendo y, sobre todo, promover la idea de la reconversión para lo cual pienso organizar recitales y publicar una antología con poemas reconversos, y, por último, llevar la propuesta a los demás países latinoamericanos.

LEONCIO LUKE CCOTA

ENZENSBERGER Y SU MÁQUINA DE HACER POESÍA

Hace algunos años, en el festival-happening de poesía de Landsberg, Alemania, el escritor Hans Magnus Enzensberger presentó su *Poesie-Automat*, un programa de computación para escribir poesía, que costó 100.000 dólares y desató una polémica. Apocalíptica y lúdica, divertimento surrealista y una ironía sobre el monopolio informático, la provocación de Enzensberger tiene su precedente en Nanni Balestrini, el primero en componer una poesía por computadora, la Tape Mark I, en el remoto año de 1961. En estas cuatro décadas hubo innumerables experimentos de "poesía automática; pero el invento adquiere otro giro al contacto de Enzensberger, autor de poemas notables como El hundimiento del Titanic y Mausoleo, de ensayos críticos paradigmáticos, como *Migajas políticas* y *Política y delito*.



ANA HORAKOVA/ EVA KARCHER: La música popular moderna recuerda con frecuencia el dadaísmo en su estilo. ¿Qué puede ofrecer la poesía de nuevo, ante esta embriaguez dadaísta?

H. M. ENZENSBERGER: la poesía no es un movimiento de masas. ¿Por qué millones de personas tendrían que leer necesariamente a Paul Celan? Por otra parte, vivimos en una sociedad pluralista, en la que cada uno elige sus preferencias. En este contexto, sin embargo, se puede reflexionar sobre una época de semivalores de corto plazo. En el mundo contemporáneo se puede ser famoso y dejar de serlo en cuestión de media hora. En Alemania terminó hace un tiempo la transmisión televisiva de "Big Brother", con sus vidas vividas en vivo. Dentro de nada, ¿quién se acordará de los participantes?

H./E. K.: Su autómata puede producir un hermoso poema en treinta segundos con sólo apretar un botón. ¿Esa es su respuesta a la situación actual de los intelectuales?

H. M. E.: No. Sólo se trata de un entretenimiento. Mi lema es: "Quien no puede hacer poesía mejor que una máquina, que deje de hacer pavadas.

H./E. K.: ¿Y escribe bien su máquina?

H. M. E.: Bueno, yo esperaba que la máquina produjera poesía anónima pero comprobé con sorpresa que todos sus poemas tienen algo enzensbergeriano. Es evidente que, de alguna manera, la personalidad del que elabora el programa de la computadora se transfiere al software y, por lo tanto, a la forma en que opera. Aunque ella todavía no es tan buena como yo.

A.H./E. K.: Europa tiene una larga tradición en intentos de crear máquinas pensantes. Desde el jugador automático de ajedrez del siglo XVIII, a los primeros patos de juguete que podían nadar. ¿Adueñarse de la realidad es lo que usted ambiciona?

H. M. E.: No, eso no tendría ningún viso de seriedad. Programar no equivale a dominar. No puedo descartar la posibilidad de que, en su infinita multiplicidad, la máquina termine un día por producir poesía auténtica.

A. H./E. K.: Muchos creen que su máquina es una estupidez…

H. M. E.: A quienes conciben la poesía como algo sagrado, es evidente que una máquina de este tipo les resulta sacrílega. Ese tipo de reacciones hace honor a la tradición alemana a este respecto.

A. H./E. K.: El dinero necesario para financiarla provino básicamente de instituciones privadas. ¿A quién pertenecen su producción y sus derechos de autor?

H. M. E.: A nadie, son libres. Cualquiera puede darles el uso que quiera a partir del momento en que cada poema aparezca en la pantalla de la computadora. Además, la lengua que usamos no es propiedad exclusiva de los escritores que, por otra parte,

no son más que máquinas de hacer poesía dotadas de conciencia.

H./E. K.: Usted también es editor; sabe, por lo tanto, que la poesía no es muy rentable. ¿No cree que el Estado debería subvencionar a los editores de poesía?

H. M. E.: No. La literatura tiene su mercado, y sobre todo la poesía. Sólo se necesitan papel y lápiz. El que quiera dedicarse a la poesía no puede pensar que con eso se va a hacer rico. Para hacer dinero hay que convertirse en banquero.

H./E. K.: ¿Cree que la poesía puede detener el empobrecimiento de la lengua?

H. M. E.: No creo que haya ningún empobrecimiento de la lengua. Es verdad que hay una enorme cuota de idiotez, como la de los especialistas, notoria en la publicidad y la televisión. Es gente que no tiene un buen manejo del alemán, como sucede también con los gurúes de la Bolsa. Es gente que no conoce tampoco el inglés o que, como máximo, sólo maneja el inglés que se habla en los aeropuertos.

H./E. K.: ¿No sería útil que cada estudiante tuviera que escribir un poema semanal para combatir la idiotez generalizada?

H. M. E.: ¡Al contrario! La sola obligación de aprender un poema de memoria o de responder preguntas sobre el mismo, lleva a los estudiantes a odiar a la poesía.

H./E. K: ¿No se siente en la obligación de hacer más por la poesía, dedicarle más esfuerzo público?

H. M. E.: ¡Yo no soy de esos que adoptaron la costumbre de aparecer en televisión y en programas periodísticos! En la televisión lo único que importa es qué corbata se usa o la manera de reírse. Se le da importancia a todo menos a lo que se dice. Además, las cámaras me parecen muy indiscretas.

H./E. K.: ¿La poesía es privilegio de una minoría?

H. M. E.: Ese es un prejuicio clásico. Desgraciadamente, los poetas se aislan y ya no elaboran nuevas estrategias de búsqueda de vehículos para su mensaje. No tengo nada contra ese aislamiento. Lo único que digo es que la poesía puede ser elitista pero que no conviene que no sea más que eso, ni tampoco que lo sea siempre.



A. H./E. K.: ¿No sería necesario que los poetas abordaran con mayor frecuencia problemas políticos actuales para tener un público más nutrido?

H. M. E.: ¡No! No me importa en lo más mínimo si las jubilaciones tienen que subir o bajar un punto o medio punto. La polémica sobre bienestar social o conflictos sindicales no corresponde a los poetas.

H./E. K.: Sin embargo, en los años setenta usted escribió un poema contra el aumento de las tarifas telefónicas…

H. M. E.: También escribí poemas sobre las matemáticas. Es verdad que no puede existir una poesía que sea por completo ajena a la política, el sexo o la naturaleza. La poesía es un animal omnívoro.

H./E. K.: ¿Cuál es la esencia de la lírica?

H. M. E. : Esa pregunta me queda grande. Es para que la conteste alguien de mayor estatura que yo. Habría que habérselo preguntado a Martin Heidegger.

En fin...

"Ser un artista significa no cerrar nunca los ojos". (AKIRA KUROSAWA)

ANA HORAKOVA/EVA KARCHER

LA SAGA DE LOS CORREOSOS



DON ALBINO “EL PAJAS”

Recuerdo con nitidez el día que Don Albino “El Pajas” se quedó sin reloj. Comenzaba el mes de Junio y todos estábamos tensos: los inminentes exámenes, la proximidad de las vacaciones, la excitación propia de la época de estío que en un colegio masculino hace estragos, el final de la adolescencia… Resultaba difícil controlarse, y eso con Don Albino “El Pajas” podía acabar en drama. Así ocurrió… Leíamos un párrafo de *El conde Lucanor*, cuando a Matibáñez “El mochuelo” le hicieron efecto las alubias de la comida y sin previo aviso expidió un cuesco del cuatro, que además de hacer vibrar la pizarra confundió a Matia “el sordo”, quien se dispuso a marchar pensando que había sido el timbre que anunciaba el final de la clase. Don Albino “El Pajas” se levantó como una exhalación de su mullido sillón, le propinó una certera colleja a Matia y lanzó la consabida pregunta: “¿Quién ha sido el cerdo y degenerado que ha hecho eso?”, preguntó iracundo. Don Albino “El Pajas” no se caracterizaba por tener una mente ágil y rápida, sino mas bien por todo lo contrario, porque si no ya sabría que el único capaz de emitir un pedo de esa índole era “El Mochuelo”. Aunque Don Albino “El Pajas” no era ciego, y se percató de que toda la clase miraba a “El Mochuelo”, por lo que tras varios minutos de profunda cavilación, dedujo sin temor a equivocarse que el culpable de tan reprobable acción había sido Matibáñez. “Matibáñez, salga inmediatamente”, le ordenó. “El Mochuelo”, con los ojos aún más saltones que de costumbre y con cara de carnero degollado, dejó de tallar el agujero de la tinta del pupitre, se puso de pie y se acercó a Don Albino “El Pajas”, temiéndose lo peor. “Mu mal Matibáñez, pero que mu mal. Y ahora ¿qué crees tú que debo hacer?”, inquirió amenazante. El aludido permaneció mudo, en una agónica espera que intentó mitigar a rascándose el cuello, mirando hacia el techo y carraspeando varias veces. “¡Contesta imbécil!”, le apremió. “¿Castigarme sin recreo?”, acertó a decir como en un hilillo de voz “El Mochuelo”. “¡Castigarte!... Lo que voy a hacer es partirte la cara”, vomitó colérico. Y no era una exageración, porque Cuando Don Albino “El Pajas” hablaba de partir la cara no se podía considerar una frase hecha, resultaba dolorosamente exacto. “El Mochuelo” mudó de piel, desde el blanco terroso habitual hacia un blanco amarillento, casi tísico. Don Albino “El Pajas” se remangó su peludo brazo derecho, colocó la faz del Mochuelo allí donde consideró que su mano podría

impactar con mas contundencia y, tras un primer amago para pillarlo a la contra, le propinó al indefenso Matibáñez un sopapo de tal magnitud que ni la escala Richter podría acotar. Al mismo tiempo que la cara de “El Mochuelo” recibía el descomunal impacto, un objeto dorado surcó el espacio aéreo del aula en la misma dirección que la trayectoria del cachete, para traspasar limpiamente la ventana –previamente mandada abrir por el propio Don Albino “El Pajas” al grito de “jode, qué calor hace. Santiesteban abre la ventana”-. Después de una caída libre de tres pisos golpeó rotundamente contra el suelo de cemento del campo de baloncesto y se hizo migas. “¡Mi reloj, mi reloj! Que es un regalo de la Marce… Tú, Arana, baja rápido y tráemelo. Como le pase algo te la cargas”, gritó desesperado. Arana, “Calimero”, se bebió la escalera al bajar y al subir, y se ganó un coscorrón cuando depositó en la mesa de Don Albino “El Pajas” el cadáver del reloj. Por lo visto, ese amasijo de piezas había sido un regalo de su mujer, Marcelina, maestra de segundo, por su ultimo cumpleaños hacía escasamente una semana. Era un reloj de oro con una pulsera especial sin cierre, de muelle, que no estaba preparado para aguantar las aceleraciones del brazo de Don Albino “El Pajas” en plena acción represora. Con todo, el resto de la clase transcurrió entre risas contenidas, algún pedo amortiguado de “El Mochuelo” y reiteradas preguntas del populacho por la hora.

Casi se me olvida. A Don Albino “El Pajas” le llamábamos así por su inveterada manía de rascarse los genitales de tal modo y manera que se le formaban unos cercos amarillentos en los pantalones de tergal azul marino dos tallas menor que solía vestir. Dice la cátedra que en cierta ocasión encontró una manta del ejército en la estación, y que como aquellos días tenía en casa más invitados que camas decidió utilizarla como ropa de cama para cubrir un sofá muy apañadito que remataba una esquina del salón, en donde supuestamente debía dormir su repelente cuñado. Pero se alinearon cinco planetas, y el propio Don Albino “El Pajas” tuvo que dormir en ese sofá envuelto en la dichosa manta. Acabó con una plaga de ladillas de tal importancia que necesitó una semana, cinco lociones plaguicidas y las uñas al completo para poder aplacarlas.

Desde entonces la costumbre de rascarse.

JOSEBA MOLINERO

www.poemaria.com
• *Foro*
• *Taller de poesía*
• *Artículos de crítica literaria*
• *Edición virtual de textos poéticos*
tu web de poesía
¡Edita gratis tus poemas!

¡LOCURA POÉTICA!
LOCURA POÉTICA
Locura poética
Visita la web site de la UNESCO
en el “Word Poetry Directory”
Visita la web www.locurapoetica.com

LA VENTA DE DOÑA SOL

EL MARAVILLOSO VIAJE DE NILS HOLGERSSON

¿Cómo está Ud.? ¡Un poco sorprendido por que sigamos abiertos ¿verdad?! Y con una bandada de gansos en el patio de la venta. ¿A que le recuerda otros tiempos más tranquilos? Es lo mismo que puede encontrar en la entrada de Bilbao por Zabalburu, donde las ocas pastan en el jardincillo de un viejo caserío desvencijado, mientras dan la bienvenida a los visitantes de la ciudad.

...

No, no hemos cambiado las actividades del local, los gansos que están en el patio también se alojan en la venta. Son los compañeros de viaje de aquel muchacho rubio, Nils Holgersson, que está sentado junto a su madre literaria: la Sra. Lagerloff.

...

A principios del siglo XX, Nils, convertido en un nuevo Pulgarcito escandinavo, por la maldición de un duende recorre los cielos de Suecia a lomos de una oca blanca que decide seguir a una bandada de gansos silvestres, cuando pasan sobre la granja donde viven, una mañana de primavera, camino de los lagos septentrionales de Laponia; volando sobre



campos y ciudades, bosques y lagos Nils participará en todo tipo de aventuras, sencillas y fantásticas, que le permitirán conocer su país y sobre todo conocerse a sí mismo y madurar hasta convertirse en un hombre de provecho.

...



¿Dice que es una fábula para niños? Pues no le falta razón, ya que en la obra los animales adquieren comportamientos humanos, como en las de Esopo y Samaniego, aportando una enseñanza moral al lector. También debo decirle que fue el Gobierno Sueco quien encargó a la autora la redacción del libro como un tratado de Geografía para adolescentes; sin embargo la maestría y el amor por su país de Selma Lagerloff le impidieron quedarse en una simple redacción de lugares y hechos, alumbrando un texto de gran sensibilidad, desprovisto de cualquier nacionalismo rancio, revolucionario en sus conceptos ecologistas, que llegó a ser la mejor carta de presentación de Suecia en el mundo y le sirvió para convertirse en la primera mujer que recibió el premio Nobel de Literatura.

...

No lo dude, Kenzaburo Oe, cuando viajó a Suecia para recoger su premio Nobel, apuntó que todo lo que había visto en su viaje por las tierras suecas era igual a lo descrito en el viaje de Nils Holgersson. Así, si Ud se decide a viajar a Suecia podrá encontrar a Okka con sus gansos y barnaclas en el parque del Skansen en Estocolmo, a las cornejas y al cuervo Bataki en los campos de Esmaland, los viejos



castillos como el de Örebro, a los estudiantes en Upsala, los hornos altos y minas en Dalecardia y a los osos... A propósito… ¿Sabe que el mes pasado estuve en Suecia?

...

Es una vieja historia… En mi juventud tuve un novio sueco que trabajaba como mecánico de puesta en marcha de una compañía de trenes de laminación,... ya sabe como reaccionamos las mujeres ante los hombres grandones, rubios, de ojos azules y con cara de niño, que nos hablan en una lengua que no conocemos,... me enamoré locamente y... después... se me rompió el corazón cuando volvió a su país,... pero mantenemos una buena amistad, como dicen las modelos en los programas rosas,.. en fin que me invitó a la boda de su hija en Ludvika, una pequeña ciudad a 200 Km de Estocolmo, donde los temas de conversación eran el comienzo de la temporada de caza del alce y que un oso se había comido a un cazador y a su perro en las cercanías de la ciudad.

...

Si, sentí un poco de miedo, pero enseguida me aclararon que sólo había habido tres casos en los últimos cien años...

...

El pueblo sueco es tranquilo, vive muy en contacto con la naturaleza y de forma sencilla, son aficionados a contar historias, reparar viejos automóviles, beber licor de patata y cantar canciones alegres de forma muy seria, son trabajadores y testarudos, tal y como los describe la Sra. Lagerlof, con un lenguaje simple y bello, en un libro que le enamorará (*El maravilloso viaje de Nils Holgersson*. Traducción: C. Talavera y V. Clavel. AKAL BASICA DE BOLSILLO) que es tan representativo de Suecia como *El Quijote* de España, y que goza los mismos elogios, todos los suecos llevan a Nils y a la Sra. Lagerlof en los billetes de veinte coronas, y sufre los mismos problemas, ya que casi nadie lo ha leído.

...

Hágame caso, vaya con Nils y los gansos silvestres a volar sobre las tierras escandinavas, y vaya sin miedo, pues acabo de hablar con mi amigo sueco y me ha dicho que ya han cazado al oso.

...

Ha sido un placer. Si necesita cualquier cosa ya sabe dónde encontrarme... Pregunte por Doña Sol.

SOL SOSTENIDO



POEMANÍA

EPÍSTOLA A JUAN LARREA



Querido Juan:

“El hombre más poderoso es el que está más solo.”

Henrik Ibsen

Hace mucho que ya no nos vemos porque me mantienen eternamente ocupados estos tiempos veloces que pasan por encima de nosotros sin dejar apenas nada que nos podamos llevar a nuestro interior. He decidido escribirte esta epístola, sin apenas haberte conocido pero habiéndote llegado a conocer muchos relojes líquidos antes de que tu memoria se evaporase (todavía no se ha evaporado). He de contarte que te escribo con una estilográfica: se desliza mucho más suavemente y no presenta ningún impedimento al conectar espada y pensamiento mediante hilo directo. Te fuiste en enigma en el año 1980 desde tu Córdoba querida de la Pampa, allí donde te acogieron calurosamente y te dieron el pan y el sustento. Hace escasas fechas, supimos de tu legado a punto de ser despedazado por tus variopintos herederos; nuestra alta institución foral no ha tenido a bien comprarlo – ¡tal vez diera para montar un humilde museíto!- porque estaba carísimo. Cómo se puede decir tal cosa de un legado infinito, tan eterno y quebradizo; y es que para las cosas del Espíritu ni tiempo ni dinero hay. Ni espacio ni nada, lo que demuestra que el Espíritu sopla por donde quiere, mas no en estas tierras azotadas por los idiotas del horror. Viniste al mundo, supongo que sin estridencias, y te nacieron en el número dos de la bilbainísima Henao, joya del Ensanche. Todo un lujo, pues tal poeta precursor, tan vívido personaje nace una vez entre un millón en una ciudad de provincias habitada por oficinistas, negociantes y mercaderes, lugar en el que quien más y quien menos hace florecer el capital. Valgan para tu presentación unas líneas que manaron en el París de los años veinte, cuando por allí deambulabas portando una imagen de Cristo en medio de una negra crisis espiritual, en una atroz atmósfera de búsqueda delicuescente:

“Un día, por fin, llegué a darme cuenta del vidrio medianero que existía entre los otros y yo, vidrio más o menos transparente según los agentes psíquicos, de manera que en ciertos claros instantes podía creerme a su lado y hasta formar parte de su tiempo. Entre todos constituíamos un solo ramillete, mas contemplado por dos ojos de diferente color. De este modo, siendo el que miraba oscuro, era explicable lo turbio y parcial de mis sensaciones. Porque sentía no ser sino en una global ausencia, la ausencia de algo difícil de concretar, y experimentaba el deseo de romper el vidrio, convirtiéndome yo mismo en esa ausencia después de hacerla idéntica a mis anhelos.

Pero a veces el vidrio estaba empañado, como si se hubiera dicho el fin de todo, y yo encerrado a solas con el deseo de escribir en él mi nombre con el dedo. Angustiosos instantes, porque hacerlo equivalía a decretar mi muerte, redactando mi epitafio. Equivalía a dar un nombre a la muerte, llamarla Juan o Pedro o Nicomedes. Por eso una vez me decidí: deseo, y oí un pequeño crujido como un pétalo que cayera mientras que, como si formase parte de una balanza, se elevaba un suspiro. A través de esas letras me era dado contemplar.

Y así vi que había un lugar y en él un hombre, uno

sólo, habiendo todos los demás desaparecido. Un hombre que nunca antes de entonces había visto. Y comprendí que debía ser yo mismo.”

Pero antes, en tu vida interior, equiparable a la de cualquier mortal, te embargó la desazón existencial, y querías ser poeta. Me imagino que poeta de brazo escarpado y, quién sabe, quizá también profeta, como si tú fueras mi guía en el Madrid de los veinte, cuando tu amigo del alma, Gerardo Diego, salió a recibirte y ambos acudisteis tiritando de ansias y de juventud al encuentro de Rafael Cansino-Assens, con afanes de publicar tus primeros poemas, poemas que dicen así:

“Yo clavé mis ojos en los por venir
Y una voz oculta me dijo: ? Serás...
Cerré yo mis ojos, no quise ver más,
Cerré mis oídos y no quise oír.

Voló mi esperanza que dio en perseguir
Lo que en este mundo no ha de ser jamás
Y el corazón dentro, con triste compás;
Has de ser... me dijo y rompió a reír.

Y hoy que sepultada mi esperanza fue,
Sabiendo que en polvo me convertiré
Vuelvo atrás los ojos con sed de dolor.

Soy un pobre diablo lleno de inquietud
Que ha vivido esclavo de una esclavitud.
¡ He sido un iluso que murió de Amor !”

Bilbao, noviembre de 1916

Estos tus embriones espirituales, clásicos y a la vez dignos de una nueva estética que se madura con la lectura de unos cuantos poemas del chileno Vicente Huidobro, vate de acendrada vanguardia por aquellos tiempos en los que el siglo veinte alboreaba, hablan de tu íntima angustia. ¡Cómo quedaste deslumbrado por las nuevas ideas creacionistas del chileno! En toda tu corta vida de poeta, aunque eso sí, longeva de místico y profeta, llegaste a caligrafiar apenas unos doscientos poemas. Ese viaje a Madrid, que te alejaba de tu provinciano y sofocante Bilbao de comerciantes, significó la publicación de unos pocos versos en dos revistas bautizadas como Grecia y Cervantes. Después vino un segundo encuentro en el Ateneo, más frío pero que afortunadamente desembocó en una relación epistolar con Huidobro, el cual te hizo madurar hacia el horizonte de huída que intuías, ese oscuro y promisorio horizonte de París; incluso empezaste a escribir tus versos en francés. De la mano de Huidobro entraste en el sagrado círculo de artistas como Juan Gris, Tristán Tzara, Jacques Lipchitz, y más tarde hiciste de esta ciudad tu lugar de vagabundeo metafísico y lugar de residencia. En el París de los artistas también trabaste relación con otro profeta que venía de las altiplanicies peruanas, César Vallejo. Escribiste entonces este poema con un comienzo tan vallejiano, que aún hoy hace crujir el papel cuando lo leo:

EVASIÓN

“Acabo de desorbitar
al cíclope solar

Filo en el vellón
de una nube de algodón
a lo rebelde a lo rumoroso
a lo luminoso y ultratenebroso

Los vientos contrarios sacuden las velas
de mis carabelas

¿Te quedas atrás Peer Gynt?

Las cuerdas de mi violín
se entrelazan como una cabellera
entre los dedos del viento norte

Se ha ahogado la primavera
mi belleza consorte



un poema de los que te ganaron para la vida y el espíritu. Por el bien nuestro y el de los futuros poetas del deshumanizado arte, para que nos quede bien claro por toda la eternidad de qué hablamos cuando calibramos un poema, es indispensable que todo el mundo lo conozca. Es éste:

RAZÓN

“Sucesión de sonidos elocuentes movidos a resplandor, poema
es esto
y esto
y esto
Y esto que llega a mí en calidad de inocencia hoy,
que existe
porque existo
y porque el mundo existe
y porque los tres podemos dejar correctamente de existir.”

Finis terre la
soledad del abismo

Aún más allá
Aún tengo que huir de mí mismo.”

Querido Juan, qué lejanos los recuerdos y qué cercanos a un tiempo. Acudo con asiduidad a la calle donde naciste, y cada día renaces (por allí camino esperando no sé qué señales de ti). La placa conmemorativa nunca aparece. No hay una simple frase que perpetúe tu recuerdo (la que hubo una vez alguien se la llevó para venderla a algún chamarilero). Sí, hay una sala de exposiciones con tu nombre en la Gran Vía bilbaína, pero nada más… Yo te estoy viendo ahora, hablo contigo y no sólo palpo tu viva faz sino que la contemplo ?. Leo tus escritos de profeta. He de reconocerlo. Aquél que escribiste en Nueva York que descubrí hace tantos años aún sigue reverberando en mi alma. Se titulaba “La espada de la paloma” y versaba sobre “El apocalipsis de San Juan” y acerca de tu brillante e increíble teoría del velado mensaje de repudio a la iglesia de Roma que Juan de Patmos le enviaba. Un silencio y un vacío repentinos ... y en esto conozco que viene

Tras ese salto elegíaco que me he permitido, querido Juan, quiero recordarte aquella inesperada herencia familiar que te sirvió para comprar una fenomenal colección de arte Incaico en tu visita al Perú del año 1931. Viajaste acompañado por tu esposa, Guite, y guiado por la corazonada del descubrimiento de un nuevo mundo, la América de la que hablaba Rubén Darío. Ciertamente supuso una experiencia absolutamente gratificante. Después vino la guerra, y de nuevo París, donde muere en tus brazos tu gran amigo y poeta César Vallejo un viernes santo de 1938. Allí participaste en la gestación del “Guernica” de Pablo Picasso, a quien solicitaste la realización del cuadro en nombre de la República. Tú le indicaste dónde colocar las figuras simbólicas al genio malagueño. Conozco el incidente que al respecto tuvo lugar en su estudio, que hoy en día resulta una anécdota curiosa: Cierta noche llovió en París y una gotera cayó en una esquina del cuadro. Al día siguiente aquel borrón pasó a ser la cola del toro, y por consiguiente, gracias a tal azaroso contratiempo, esta figura que en principio iba en otra parte del cuadro fue desplazada a aquel área del lienzo. De todo esto hay escritos, mi muy estimado Juan. Pero nadie se acuerda de ti, que conociste a tantos egregios artistas e intelectuales, algunos ya mencionados y otros tales como el poeta León Felipe, el filósofo Juan David García Bacca y otros muchos con los que mantu-



viste una estrecha relación de amistad. Nuevo silencio… Nueva llegada de un poema esclarecedor… ¡Escuchemos, Dios mío!:

EN LA NIEBLA

"En la niebla raza de nuestra raza domicilio
de las faltas de convicción de nuestros fantasmas
desde los gendarmes hasta las hipótesis más atrevidas
hasta los almendros obligados a presagiar el porvenir de
[nuestra Europa
la nuestra la de los diplomáticos
que subordinan las flores a las secretas inclinaciones de
[nuestra piel
guardando un equilibrio exento de ociosidad
occidente bello occidente
antes que el sol se encuentre la máscara que busca
entre las ramas y que ya se inclina a recoger

El hombre es la más bella conquista del aire."

...Y exiliado te marchaste de este mundo sin despedirte, para habitar otro, casi a los 85 años en la Argentina de los Comandantes. Pero apenas te fuiste, fue sólo un hasta luego, ya que los profetas habitan los siglos y las remociones a largo plazo y su presencia se abriga en el Espíritu. Tu denso aliento que Bilbao vio nacer en la calle Henao, ese Bilbao que después miró para otro lado, ninguneándote como una madre que amamantara a su hijo y posteriormente lo olvida, a pesar de todo perdura en el tiempo. En ese nueve de julio hace paisaje el poema de Huidobro (que para mí tengo como secreto epitafio), abunda y certeramente te instala en la eternidad:
[...]

Va rápido

Va rápido impulsado por los suspiros

El mar está cargado de naufragios

Y yo he alfombrado el mar para su paso

Así es el viaje primordial y sin pasaje

El viaje instructivo y secreto

En los corredores del viento

Las nubes se apartan para que él pueda pasar

Y las estrellas se encienden para mostrar el camino

Qué buscas en los bolsillos de tu chaqueta

Has perdido la llave

En medio de ese zumbido celeste

Vuelves a encontrar en todas partes tus horas envejecidas

El viento es negro y hay estalactitas en mi voz

Dime Juan

Has perdido la llave del infinito

Una estrella impaciente iba a decir que hace frío

La lluvia aguzada comienza a coser la noche."

Tanto te echo a faltar que tu imagen viva está en mí. Nadie puede dudar de esta vivencia que tengo. Mis pasos diarios por la ciudad de tus recuerdos son pasos cansados y melancólicos, pasos de aprendiz de versos y de humanidades. Deseo profundamente indagar en tu recuerdo aunque no te tenga en presencia. Prefiguro tu voz y los movimientos de tus labios y tu sonrisa, como la de uno que hubiera dado con el secreto de la humanidad, con la de un



Cristo verdaderamente resucitado. “Larrea es el genio joven”, nos dice Vicente Huidobro ?. Todo en él es extraordinario”. Adiós y hasta pronto Juan, cuídate que ya hablaremos de nuestros territorios en la siguiente epístola. Sin prisa te haré llegar a la eternidad. ¡Qué digo!... ¡Si ya estamos ambos en la eternidad!... Así que simplemente me acercaré a la Plaza Nueva bilbaína y daré allí a una paloma hermana mi pequeña carta enrollada y atada con un pedazo de tela; y le diré: “A volar hasta donde Juan mora. Sí, Juan Larrea, poeta y hombre, hombre y profeta, la más bella conquista del aire”.

Tu amigo,

JON ROSÁENZ LARAUDOGOITIA

Dedicado a Javier de Bengoechea, también conquista del aire.

Ambientación y fuentes :

Versión celeste. Juan Larrea. Edición de Miguel Nieto. Cátedra Letras Hispánicas 1989.

Juan Larrea : Cartas a Gerardo Diego 1916-1980. Cuadernos Universitarios Nº2. Mundaiz 1986

Orbe. Biblioteca Breve Seix barral 1990.

Ángulos de visión. Juan Larrea. Marginales Tusquets Editores 1979.

Juan Larrea : versiones del poeta. Juan Manuel

EDGAR ALAN POE: EL TERROR POÉTICO

Nuestros misterios y terrores más o menos actuales, tanto en historias literarias como cinematográficas, tienden quizá no a la violencia simplemente -si no se saldrían con toda plenitud del género-, pero sí a la violencia terrorífica, al golpe por el golpe y el terror por el terror.

Pero Freddy no es Roderick Usher, ni un monstruo mutante es el cuervo sobre el busto sereno, clásico, de Palas Atenea sobre el dintel de la puerta. Edgar Allan Poe publicó primero, todavía muy joven, su poesía, pero siempre se expresa, además de escritor, poeta. Poemas-furtivos- seguirían siendo, claro, ciertas características de la mayoría de sus narraciones.

En *La caída de la Casa Usher*, cuando el narrador llega a la mansión hidalga, no hay truenos, ni lluvia, ni un peligro manifiesto- el sentimiento lírico no es manifiesto- lo que agobia a la ominosa receptividad del visitante de la Casa. Es la naturaleza metafóricamente orgánica de la mansión y su ambiente, de sus ventanas como ojos y el vívido lago, aspectos que refieren más a la contemplación poética (expresa) que a una simple descripción. La cosa poética no es fácilmente aparecible, debe buscarse, recrearse y complicarse en la palabra.



El cuervo que decía “nunca más”, iba a ser, según el plan previo de la obra de Poe, un loro, colorinche y chillón, más sensato según las características de su función; pero no tan lírico, tan horroroso y triste, como un melancólico y negro cuervo- y menos sobre el dintel de la puerta, el dintel de la puerta del busto de Palas, diciendo: “Nunca más”. Palabras de un escritor que no obsesiona ni repite; que reitera, que afirma y se reafirma.



No hacen falta los pájaros que comen la carne o que atacan, el arma de miedo del poeta misterioso es la palabra, la palabra que con su solo sonido hiere al pie de cada estrofa del poema: “Nunca más”, por supuesto, Roderick Usher, el gentilhombre del más famoso cuento del autor bostoniano, no vería restituida ni su razón ni su salud, que son una y la misma acaso; su mente cae, como caen él mismo y su Casa, de ojos y árboles que se desmayan; su mansión vitalizada por el lirismo terrible de Poe. No hay una tempestad a secas en la Casa Usher. Poe no es tan desnudo y plano como nuestros bestselleristas.

Vemos que en un momento, recuerdo, hay en efecto una tempestad. Roderick Usher, pues, abre las ventanas hacia aquella inolvidable y sugerente atmósfera creada en nuestra mente por el relato; entonces el busto de Palas y el cuervo se reúnen, el cadavérico Usher y el delicado misterio del lago son lo mismo, cuando el narrador de Poe hace resumir al mismo Poe, al final de una frase, con dos palabras reveladoras y conexas, como enquistadas en la propia tempestad: “Era una noche de tormenta horriblemente bella...”

DANIEL ALEJANDRO GÓMEZ



CÉSAR CALVO. UNA CUERDA SOBRE EL ABISMO

Cuando César Calvo - mismo Zarathustra - dijo que el hombre es una cuerda sobre el abismo, un peligroso ir más allá, un peligroso detenerse, un peligroso volver atrás, un vacilar peligroso y un peligroso estar de pie, todos lo miraron con sorpresa. Decir que el hombre es un puente, y no una meta, un tránsito y un ocaso, despertó en "los otros", un extraño malestar que se recompuso cuando el poeta explicó que era un rayo que lamía con su lengua de fuego el horizonte.



Y es que así era César Calvo: intuitivo y genial, rompedor de esquemas. Un poeta que quería justificar, como Nietzche, a los hombres del futuro.

Antes de irse con sus gotas grávidas a la eternidad, me hizo el prólogo de mis *Confesiones de un árbol*, y tuve la oportunidad de confirmar que disponía de una flecha y de un arco para conquistar la vida.

Amigo entrañable, de corazón auténtico - fregado a veces con los que odiaba - amaba el pudor de las calandrias, sin envidia. Y se hizo poeta semejando huracanes, arrasando con todo, queriendo ser luz en la oscuridad de una sordera que lo condenó al infortunio y le hablaba de voces inconclusas. No intentaba dañar a quienes iluminaba, ni se hacía a la mar sin redes ni luciérnagas.

Cuando Betty lo invitó a nuestra casa en San Isidro (Lima) para probar nuestro tumbesinísimo "caldo de bolas", mi familia lo incorporó a participar de nuestra exaltación, de nuestro gozo, y aunque parecía que no tenía muy cercano a Dios en sus pudores, fomentó con nosotros una amistad que la lejanía de su ausencia corrobora y afirma a cada rato.

Allí y en su casa de Chaclacayo, conocimos cómo se habla de frente a las cascadas, al manantial y al viento. César Calvo fue un poeta por nosotros consentido; y en esa plenitud, en ese regalo de su ser, nos extasiamos.

César Calvo era en verdad - dionisíaco y apolíneo - "un bosque y una noche de árboles" crecidos. Y en su tozudez, en esa insistencia por crear, nos convenció que nosotros no somos hijos de madre sino hijos e hijas de su memoria.

Cuando la muerte se lo llevó, nosotros recorrimos el monte de sus olivos, y a su calvario, de un extremo a otro, y nos pusimos a pensar que sólo había entrado a un profundo sueño, que sólo podrá ser terminado con un dindondán de campana de nuestro corazón que hasta ahora llora su partida.

CARLOS GARRIDO CHALÉN

RESEÑAS EN EL METRO

EL REINADO DE WITIZA. FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

Un hombre bueno, en el buen sentido de la palabra, así era Francisco García Pavón del que os quiero hablar ahora.

Leer a García Pavón produce sosiego. Te sientes bien. Y ese y no otro es su principal valor.

Francisco García Pavón nace en 1919, un 24 de Setiembre –día de la Merced- en Tomelloso, Ciudad Real. Vino al mundo en casa y con la ayuda de una comadrona. Tuvo una infancia y juventud intensa y feliz a pesar de la enfermedad de su madre que le marcó, como le influyeron la liberalidad de su abuelo –dueño de un taller de muebles, El Infierno- y las costumbres y las tradiciones y las gentes de su pueblo natal y del alma. La infancia, el pueblo y las gentes esos son los temas de los que trata la literatura de Pavón.

Vivió en Tomelloso, Oviedo y Madrid, dirigió la editorial Taurus, fue bibliotecario, profesor y alférez, catedrático de crítica teatral, periodista, trabajó en televisión, participó en tertulias, fumó, bebió y vivió siempre en el seno de una familia liberal y burguésa, viviendo y dejando vivir sin dejar de relatar la vida que quiso vivir. Escribió cuentos y novelas, críticas y ensayos y recibió varios premios, entre ellos el Nadal.



Escribió Pavón recordando su infancia: "A mí me tocó el último. Salté la parcilla temblando, entre las miradas de los veteranos. El Calichero, siempre inspeccionando el campo, me puso la mano. Le eché el patacón. Como notó que era nuevo en el miradero, me apretó el hombro para que me arrodillase. Y tomando las sayas con las dos manos, alzó suave las cortinas del teatrillo, hasta dejarme encarado con la cuña de los muslos -tenía los senijoles muy bajos- que acababa en un hondo oscurísimo... Apenas empecé a acomodar los ojos a aquel Montesinos, bajó el telón y me dijo:

- ¡ Espabila!

Volví colorado, no muy cierto de haber visto algo contable. Los amigos me miraban con la risa maliciosa.

- Hale, vamos -dijo el de la boina del rabillo largo.

Cuando pasada la parcilla volví la cabeza, el cuartillejero ya estaba otra vez en el serijo, haciendo su pleita. Y la Bernarda, con la silla vertical, dándole a agujas en espera de nuevos miradores."

Y hay más cuentos, cuentos intensos, bellos, auténticos, quizá sin la perfección de Ignacio Aldecoa,



pero con mas autenticidad. Cuentos como *Paulina y Gumersindo* o *Las sandías*, *Certificado de Adicto al régimen* o *El Señor de "El Gato Negro"* que son imprescindibles para entender a García Pavón. Cuentos que os ruego no dejéis de leer.

Aunque lo que quiero es hablaros de Plinio, Manuel González, alias Plinio, jefe de la G.M.T.- o sea de la Guardia Municipal de Tomelloso- personaje central de la obra narrativa de Pavón. Sí, amigos, estamos hablando de un libro policiaco, donde aparecen asesinatos, secuestros y delitos graves que Plinio ayudado por Don Lotario –un trasunto de Watson, gordito, bajito, con seiscientos y veterinario (albeitar como dice Pavón)- resuelve gracias a sus pálpitos, sus intuiciones. Lejos de investigaciones científico-técnicas, tan de moda y muy cerca del caldo de gallina, la churrería, el paseo, la charla, los amigos, la refriega de las ingles y ante todo el canto del mirlo y de la perdiz y del alcaraván y el color amarillo y verde y rojo de los campos de cereal a la luz de la mañana, fría o tibia o tostada. Efectivamente Pavón escribió principalmente novelas policiacas donde se derramó entero mientras resolvía asesinatos, donde nos explicaba que la vida es una y sencilla, la muerte es una, inevitable y pasajera (por eso no merece dramas) y el amor es costumbre y fornichio.

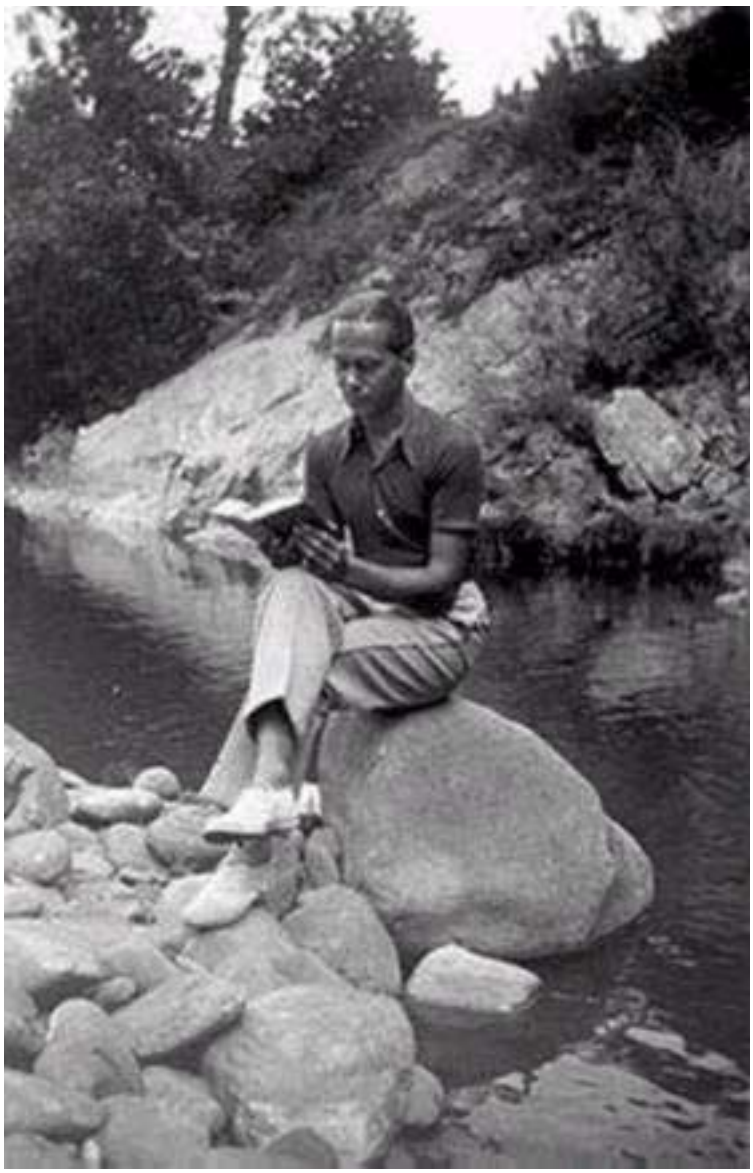
Hoy Francisco García Pavón y Plinio son escritor y personaje olvidados y os costará encontrarlos en las librerías. Recientemente Destino ha publicado un libro con un compendio de cuatro de sus novelas policiacas con el título *Plinio, sus casos célebres*, y que es una delicia.

El reinado de Witiza es uno de esos casos y, debo confesar, el que más me gusta. Es una novela hilarante, a la vez que seria, por la complejidad de las investigaciones. El motor principal es la aparición de un cadáver embalsamado en el nicho de un vecino. Aparecen continuas digresiones que nos sitúan en el universo de Pavón: en su pensamiento (Braulio, el filósofo, Faraón y la importancia del humor en la vida), en su pueblo (en este sentido, ésta fue considerada como su primera novela psicológico-costumbrista, esto es, un testimonio, un ensayo y un relato policiaco en una sola pieza, algo mágico) y en sus personajes (que no son más que sus conciudadanos y amigos pasados por el filtro de la literatura). Una magnífica novela, compleja, sencilla, seria y divertida, policiaca y humana.

Una novela que como explica acertadamente Antonio J. Marqués López conjuga a la perfección el reparto del material narrativo, el sostenimiento de una intriga que puede parecer confusa a través del manejo exquisito del narrador y de los elementos digresivos. Pavón trasiega con maestría con todos estos aspectos en una novela que se mastica y paladea y que no puedes dejar de leer. Créeme.

Francisco García Pavón y su detective Plinio. Antonio Jesús Marqués López. Ediciones Soubriet.

LUIS CERNUDA, *ANTOLOGÍA*



Terminaré siempre estas reseñas con poesía, para intentar comprender desde la belleza.

Y nada más bello que la poesía de Luis Cernuda (Sevilla 1902). La eterna lucha entre el deseo de lo armónico, lo bello –que todos buscamos directa o indirectamente, deliberada o intuitivamente- , lo puro y la realidad que nos circunda, mediocre, inesperada, desasosegante, material. Y de ahí, de ese enfrentamiento refinado con el tamiz de la sensibilidad, surge exquisita, mágica, entera la poesía de Cernuda. ¡No os la perdáis!

Sombras frágiles, blancas, dormidas en la playa,
Dormidas en su amor, en su flor de universo,
El ardiente color de la vida ignorando
Sobre un lecho de arena y de azar abolido.

Libremente los besos desde sus labios caen
En el mar indomable como perlas inútiles;
Perlas grises o acaso cenicientas estrellas
Ascendiendo hacia el cielo con luz desvanecida.

Bajo la noche el mundo silencioso naufraga;
Bajo la noche rostros fijos, muertos, se pierden.
Solo esas sombras blancas, oh blancas, sí, tan blancas.
La luz también da sombras, pero sombras azules.

Con tal vehemencia el viento
viene del mar, que sus sones
elementales contagian
el silencio de la noche.
Solo en tu cama le escuchas
insistente en los cristales
tocar, llorando y llamando
como perdido sin nadie.

Mas no es él quien en desvelo
te tiene, sino otra fuerza
de que tu cuerpo es hoy cárcel,
fue viento libre, y recuerda.

JOSEBA MOLINERO GOÑI

EPISTOLARIO

PIAR DE AVIONES
28 DE MAYO DE 2004

Queridos contertulios:

Hace mucho tiempo visité, con mi hermano y su novia, a los padres de ésta. Pasaban las vacaciones de verano en su pueblo natal, sito en uno de los valles montañeses del viejo reino de Castilla. El pueblo no ofrecía muchas distracciones a un adolescente; podéis imaginar casas de canto con fachadas enfoscadas y balaustradas de roble agrisadas por fríos y nevadas centenarias, sin agua corriente y con luz de baja tensión, calles de tierra y lastras rotas, poca población. En fin, la España del medioevo con pantalones de tergal.

Aburrido y fuera de lugar, mi única distracción consistía en realizar todo tipo de preguntas estúpidas a mis mayores, quienes me respondían con la paciencia del que cree que la ignorancia no es una mala cualidad, si es deseo de su propietario reducir su tamaño. En una de estas sesiones, creyendo acabado mi arsenal de cuestiones, levanté la vista hacia el cielo donde una bandada de pájaros negros volaba cambiando continuamente de dirección y piando monosílabos. Aproveché la ocasión y pregunté a Ángeles, la suegra de mi hermano:

- ¿Qué pájaros son esos?

- Aviones - respondió. Y siguió con sus quehaceres, quizás pensando que la educación franquista dejaba en los jóvenes grandes lagunas.

Yo creí que me había tomado el pelo con aquella respuesta tan cachazuda, pues ¡no sabía yo bien cómo eran los aviones!.

Pero la duda anidó en mi interior y decidí reducir mi falta de conocimiento ornitológico. Para ello adquirí unos prismáticos soviéticos y una guía de aves con los que apreció como buena la escueta respuesta que Ángeles me había dado algunos años antes.

Sirva este resumen para conocer a uno de los más antiguos inmigrantes africanos en la península ibérica: el avión común.



De la familia de las golondrinas, el avión común (Delichon Urbica, ¿la delicia de la ciudad?) es un ave negra azulada, con el pecho y el obispillo, zona donde el cuerpo se une a la cola, blancos y con las alas caudales con una abertura en forma de flecha, menos acusada que en el caso de las golondrinas. Vive en áreas con salientes rocosos o urbanas donde cuelga de los aleros su nido, hecho con bolitas de barro que el mismo mastica y va pegando una a una hasta conseguir un cuarto de esfera, cerrado por la pared y el voladizo del alero, dejando un agujerito por donde entra y sale para alimentar a sus polluelos con todo tipo de insectos voladores.

Sí, el avión es un vecino alegre pero no molesta a nadie, quizás por eso no haya atraído la atención de algunos contertulios. Esperemos que a partir de ahora su piar forme parte de nuestros trinos en el corcho.

Con afecto.

MIGUEL SAN JOSÉ

¡LOCURA POÉTICA!
LOCURA POÉTICA
Locura poética

Visita la web site de la UNESCO

en el “Word Poetry Directory”

Visita la web www.locurapoetica.com

www.poemaria.com

- *Foro*
- *Taller de poesía*
- *Artículos de crítica literaria*
- *Edición virtual de textos poéticos*

tu web de poesía

¡Edita gratis tus poemas!